

DIEGO MARTÍN TAGARELLI

Victorino Tagarelli

EL SANADOR DEL VALLE

Victorino Tagarelli

EL SANADOR DEL VALLE

Diego Martín Tagarelli

Victorino Tagarelli

EL SANADOR DEL VALLE

Qellqasqa
Mendoza, 2021

Tagarelli, Diego Martín

Victorino Tagarelli, el sanador del valle / Diego Martín Tagarelli ;

editado por María Eugenia Sicilia ; edición literaria de Ulises Naranjo ; prólogo de Ulises Naranjo. -
1a ed. - Guaymallén : Qellqasqa, 2021.

152 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-4026-57-6

1. Biografías. 2. Historia Regional. 3. Historia de la Provincia de Mendoza. I. Sicilia, María Eugenia, ed. II.
Naranjo, Ulises, prolog. III. Título.

CDD 920.71

Victorino Tagarelli

EL SANADOR DEL VALLE

Derechos de esta primera edición, 2021

Textos: Diego Martín Tagarelli

Edición literaria y Prólogo: Ulises Naranjo

Editado por María Eugenia Sicilia en: Qellqasqa editorial

Diseño de tapa: Gerardo Tovar

Obra realizada con el apoyo de



SAN CARLOS
MUNICIPALIDAD

ISBN: 978-987-4026-57-6

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

*“Si se quiere construir salud desde un modelo
que respete los valores culturales y sociales,
se debe contemplar y aceptar decidir con la gente”.*

VICTORINO TAGARELLI.

Prólogo

Los días del Sanador

Esta es la historia de un hombre, pero también la historia de una familia y de un valle. Victorino Tagarelli tuvo mucho de lo que tiene un hombre cualquiera y también tuvo mucho de lo que tienen los hombres extraordinarios. Posiblemente, lo que diferencia a unos de otros, sea la capacidad de llevar a obra aquello que se anhela, el instinto de convertir la necesidad en una actitud de labor sostenida y, he aquí lo que convierte a este médico de pueblo en un ser imprescindible en vida e inolvidable, habiendo partido.

Este saludable libro escrito por su nieto es una canción de amor a esa figura que fue construyendo desde los ojos asombrados de su niñez, a la mirada serena y agradecida del hombre que, ahora, parado en el tiempo, mirando hacia atrás, se decide a contar la historia de un hombre culto, en el más puro y profundo sentido de la palabra.

Hombres como el doctor Victorino Tagarelli dieron identidad y calidad de vida a los pueblos del interior de Mendoza, Argentina. Fue un fundador de actitudes ante la vida, porque lo suyo, profesionalmente, fue más allá de la excelencia en la praxis médica; fue incluso más

allá de eficacia como conductor de la institución médica señera del Valle de Uco, el hospital de Eugenio Bustos, en San Carlos, que ahora lleva su nombre. Victorino Tagarelli fue alguien que fue más allá.

Estuvo en todo: desde conseguir el terreno y los ladrillos para construir el hospital, a formar una red sanitaria en todo San Carlos y velar, desde su lugar por la llegada del agua potable, la electricidad, las cloacas, el asfalto y la mejora de la calidad habitacional de su pueblo. Y fue más allá: fue un médico del cotejo cara a cara; uno que conocía a todo el poblado, uno por uno: en qué condiciones vivían, qué comían y bebían, cuánto ganaban al mes, qué enfermedades tuvieron sus padres y también, al dedillo, qué tipo de patologías atacaban más a su región y a sus pacientes. Victorino estuvo en todo, con su maletín negro y su estetoscopio, llevando a cada hogar salud y seguridad, que, al fin y al cabo, son la misma cosa. Victorino estuvo en todo, y lo estuvo hasta en su última hora, curando incluso hasta cuando era paciente, curando mientras agonizaba.

Estuvo en todo y, ahora, décadas después, está en la memoria de su familia y de su pueblo.

Este libro ofrece, además, aristas más que interesantes, brotadas del puño sociológico que lo parió. “Victorino Tagarelli, el Sanador del Valle” es también un análisis de las constituciones de poder en las zonas agrícolas de Mendoza. Estas generaciones de esquemas de perpetuación no son ajenas al autor, pues Diego Tagarelli es, de hecho, un reputado sociólogo mendocino. Por

eso, su narración delata el surgimiento y asentamiento de ciertas familias tradicionales, buena parte de ellas pertenecen a las “élites conservadoras”, que se hicieron dueñas y señoras de tierras que fueron indias y erigieron sus estructuras de poder. Son esas que, más allá de sus preocupaciones familiares, desatendieron y desconocieron por completo la trama sanitaria de los nuevos pueblos. Más atentas a procesos productivos privados, que a desarrollos comunitarios integrales, apostaron, en todo caso, desde su lugar, al asistencialismo sanitario, asentado, con los años, en el negocio de la imposición de fármacos, a partir de un concepto de salud que desconocía por completo el contexto social de los pacientes.

La medicina es una ciencia de lo social y este libro lo demuestra, aunque lo olvidemos o nos veamos sometidos por los esquemas mercantilistas en los que el cuerpo es una mercancía y la salud un afán que se procura a costa de consumos de productos y gastos sobre gastos. La salud se transforma así, en el mejor de los casos, en un estado de indolencia: “No me duele”, dicen quienes pueden pagarla, enfermos anestesiados con sus pre-pagos al día. Sin embargo, la salud jamás es un estado individual; la sanidad, en un punto, tal vez cercano al corazón, tiene que dolernos, si alrededor nuestro el mundo se cae de a pedazos. Este tipo de dolores son los que nos contagian seres fenomenales como el protagonista de esta obra.

Victorino Tagarelli, un pionero internacional al respecto, vino a romper ese contexto, procurando un

concepto de salud como construcción social: la salud del individuo será el resultado de la salud de la comunidad en la que vive. Cada sociedad tiene los enfermos que se merece, del mismo modo que cada sociedad tiene los políticos, los empresarios y empresarias, los curas y las monjas, los periodistas, los agricultores, las ingenieras, los sindicalistas, las maestras y los médicos que se merece. San Carlos, ese maravilloso departamento del Valle de Uco plantado en el pecho de Mendoza, supo cómo construir una figura a la altura de su nobleza. Victorino Tagarelli fue el fruto de una comunidad que lo merecía.

Victorino fue también un líder popular, sin buscarlo. Hacedor de soluciones y sanador, por sobre todas las cosas, no fue de extrañar que su pueblo lo quisiera y le pidiera ir por más. Él, sin embargo, prefirió que lo siguieran llamando médico. Rechazó la renta de dedicarse a la salud privada, rechazó las postulaciones políticas, rechazó los honores institucionales: prefirió seguir entrando a los hogares sin golpear y, los domingos, comer un asado con su familia, con vino con soda y, de postre, helado de chocolate con crema rusa. Así, hasta el final de su vida, cuando debió ser internado y, con voz serena, pero a disgusto, sólo pidió a los suyos una condición ineludible, que fuera en el Hospital Central, un hospital público.

Escribe su nieto Diego Tagarelli, en este libro: *“Todos los gobiernos, radicales, peronistas o de facto, jamás desafiaron su liderazgo y reconocimiento popular. Cualquier intento de remoción del doctor Tagarelli podría*

causar un estallido social u otro tipo de conflicto en el departamento, cuestión que más tarde tendrá su veredicto en la población de San Carlos. Al fin y al cabo, nadie rechazaba o ponía en duda su nombre. Su lugar trascendía banderías políticas, coyunturas históricas e, incluso, generaciones gubernamentales, tan asiduas a llevarse todo por delante, cuando alguna cuota de poder las acreditaba”.

Esta clase de texto es fundamental, porque se levanta a contramano de las herramientas de la historia oficial, que se construye hilando unas grandilocuencias con otras, muchas de ellas, necesarias, ciertamente fundacionales. En esta obra, no obstante, sus protagonistas tejen los hilos de la vida felizmente desamparados por las élites del poder real, tan desamparados que sus construcciones culturales se vuelven sólidas, descontaminadas y, además, genuinas. Hallará el lector, por ejemplo, a la mujer pehuenche mirando fijo a un tal San Martín, al obrero rural hincha del “Funebrero”, al albañil que sueña con ser enfermero, a la embarazada que teme a los autos de la Ruta 40, a los puesteros que conviven con fantasmas, a la nena de 3 años con la carita toda quemada, al hombre que tomaba vía oral los supositorios (“¡Son cápsulas y te las tenés que meter por el culo!”, debió explicarle Victorino, el mal hablado), al médico de sangre alemana que dejó todo para ir a construir salud con su amigo, a cambio de contemplar los imposibles amaneceres del valle, al chofer inquebrantable, a la enfermera de corazón gigante, a los amigos precisos con quienes robarse un lechón del Mercado Central, a las

“remedieras” con sus yuyos sagrados, al avestruz que le regaló un paciente y tuvo de mascota, a los propios hijos detenidos y torturados por la Dictadura militar y a esos nietos, que miraban a su abuelo con la tremenda incondicionalidad que solamente da la experiencia del amor.

Todos los interesados en la salud pública debieran leer este libro y todos debiéramos interesarnos por la salud pública: esto es lo que Victorino intentó enseñarnos. Si queremos saber cómo es que se forma y solidifica la cultura de los pueblos, deberemos bucear en historias de vida como estas.

Los días del Sanador como inquilino del valle fueron, además, un canto al humanismo a rajatablas. Simplemente, fue una buena persona, esa raza en fuga: la de las buenas personas constructoras de cultura. Este hombre nos hace falta, mucha falta, en nuestros días: intentemos darnos calor arropándonos con estas páginas y no dejemos a nadie afuera, porque si no, será que no entendimos nada.

ULISES NARANJO.

*A mi abuelo, quien vive en la memoria
de su familia y de su pueblo.*

Algunas noches llamaban a la puerta o sonaba el teléfono de disco giratorio. Los pasos acelerados del abuelo cruzaban el pasillo y, casi por naturaleza, la sombra bulliciosa del viejo se fundía en el insomnio del poblado.

De niños nos gustaba quedarnos a dormir en la antigua casona, allá, en Eugenio Bustos. Éramos niños, pequeños. Y él, un gigante. En nuestra imagen era una persona que no se parecía a ninguna otra. Era único, o distinto. Veíamos una especie de protector encomendado por alguna entidad desconocida, tal vez por el espíritu del propio pueblo o del sol o de la cordillera o quizás por algún Tata Dios que habita en el Valle de Uco y se oculta bajo los sauces del río Yaucha.

No obstante, francamente, era un doctor sencillo, desbordado de semejanza hacia el pueblo que lo acogió. La gente de San Carlos fue la víscera que cubría su corazón, y la obstinación por el cuidado de los más desprotegidos fue su vida misma, el sentido de su existencia.

Se termina el otoño y el frío castiga la piel sin clemencia. Es Junio del '89, la neblina desciende por las vías del ferrocarril (desde hace una década no circulan los trenes de pasajeros); sólo el viento espeso atraviesa los campos y calles del departamento.

El abuelo, de madrugada, ya ha previsto su jornada. Viste bata blanca, pantalones grisáceos de algodón y zapatos negros que entonan con el maletín que lleva a todas partes. Yo lo veo desde la ventana, al salir. Camina tan rápido que ni el frío ni la neblina le afectan. Tiene la mirada puesta al norte, pues debe llegar al Bajo Calise para atender unos niños con dolencias que no han sanado con los yuyos recogidos en el campo por sus padres. Después, debe atender un parto de una jovencita en Paso de las Carretas, quien se ha negado ir al hospital por temor a los vehículos de último modelo que transitan la Ruta 40.

Lo veo desde la ventana y recuerdo la noche anterior, después de cenar, arrojando un arsenal de palabras indecentes contra políticos y mercenarios de la medicina, ante el disgusto de mi abuela que siempre procura calmarlo, sin conseguirlo. Con voz fuerte y gestos exagerados dice verdades que incomodan. El abuelo es así. Hasta sus pacientes no escapan de regaños en tono rabioso que los dejan perplejos.

Aquella mañana de junio, fingiendo que no me había visto en la ventana, volteó antes de entrar a su auto y con voz alta me dijo que a las 10 pasaba por mí para llevarme al hospital de Eugenio Bustos. Y efectivamente a esa hora, vino a buscarme con una puntualidad que ningún médico podría cumplir. Yo tenía 7 años. La admiración y extrañeza por el abuelo agudizaron el nerviosismo de mi niñez, cuando resolvía que alguien lo acompañara.

En el hospital, inclusive antes de que él ingresara, todos sabían que había llegado el doctor Tagarelli. Y, por eso, el personal tenía que ocuparse aún más de sus tareas sin el menor descuido para no despertar la perspicacia del abuelo.

Lo acompañé entonces a la sala de internaciones. Después de conversar con los pacientes más de una hora diagnosticando sus malestares, me hizo ingresar al consultorio odontológico.

—*Buen día... Sacale al pendejo el diente a ver si deja de toquetearse la boca*, le dijo al odontólogo.

Mi susto fue testigo de esa humanidad escondida tras la figura de una autoridad intachable, obsesionado por la salud y el funcionamiento de la medicina en el pueblo de San Carlos.

Al salir, me quedé solo. Caminé buscándolo por todo el hospital, pero él estaba en el patio trasero revisando junto a los auxiliares de mantenimiento los motores y generadores de energía porque, les decía: *“Esta noche seguro que los boludos de la comuna nos dejan sin luz”*.

Han pasado 9 años y el abuelo tiene 73 años. Lo veo en el patio que tanto aprecia dándole tres vueltas en trotecito lento, pero constante: será la última imagen que tendré de él. Lleva 50 años dedicados a la medicina, pionero en la atención primaria de salud de la provincia, creador de incontables programas asistenciales y preventivos, protagonista fundamental de la erradicación de la desnutrición infantil en el departamento, con más de 15.000 partos que atestiguan la magnitud de su actividad.

Ya jubilado, aún atiende gratuitamente en el modesto consultorio de su casa. Tiene aún con vida a nueve de sus trece hermanos y tiene a su esposa, Emilia Galera y sus dos hijos, Víctor y Daniel. Víctor, a su vez, está casado con Mercedes *Peti* Gaete y tienen tres hijos: Ernesto, Paola y Juan Manuel. Daniel, mi padre y mi madre Silvia Minto tienen cuatro hijos: Iván, Damián, Diego (o sea, yo) y Laura.

Y tiene todavía el corazón, lo tiene y no lo tiene, porque de tanto amor le dejó de latir en aquel enero de 1998, para embarcarse en ese viaje sideral que la gente acompaña, aún hoy, aún mañana, siempre.

Vuelvo atrás. Yo tenía 15 años. Por primera vez sentí hasta los huesos el significado de la muerte. No por mero estupor. Evidentemente, era la partida del abuelo, pero también fue la vida misma de un pueblo que murió por un instante. Quedaba huérfano y sentía la muerte del doctor Tagarelli como propia.

Fue velado en una de esas impersonales salas velatorias, en Eugenio Bustos. Nunca vi tanta gente reunida en torno a un ritual fúnebre que vivificaría para siempre su esencia. El recuerdo me hace imaginar un llanto al unísono de miles de personas que fueron a despedirlo. La caravana hasta el cementerio de San Carlos se me hace ahora interminable, en el recuerdo.

La muerte de Victorino me dio una inusitada dimensión de la vida y su significado o, mejor dicho, de la indefinida permanencia de quienes vivieron para no morir jamás.

Los caciques y el general

El amanecer despunta el secano de las Huaquearías con un sol ardiente. Es septiembre de 1816, y en el Valle de Uco aún perduran los tiempos de cimarrones y amos salvajes que oprimen a los pueblos originarios.

Los caciques indígenas se aproximan hacia la explanada del Fuerte San Carlos, lentamente, seguros. La retaguardia es custodiada por mujeres pehuenches. También allí hay niños. Sus rostros tiernos se pierden entre las miradas de los indios, severas. Sus manos son tan pequeñas que hasta las lanzas de los guerreros parecieran agigantarse. Los hombres tienen el cabello largo, suelto. Torsos desnudos, cubiertos de colores. Todos ellos están en aquella explanada, como esperando alguna señal para el combate.

Las tribus avanzan, los caciques desafían con su natural presencia las formaciones militares. Pero ésta vez, todo es distinto. Absolutamente todo. La historia ha tomado un curso inesperado.

Sin saber de dónde proviene, se escucha la voz de un hombre ordenando dirigir los cañones al oeste, hacia la cordillera. Es que del otro lado del macizo Los Andes el suelo chileno sufre la crueldad del regimiento español. La descarga de cañones interpreta una maniobra militar que se rehúsa, por fin, atentar contra las tribus

indígenas que defienden sus territorios. Un simulacro de guerra o, mejor dicho, una ceremonia que presagia el principio de paz. Todos comprenden el significado de las ensordecedoras descargas y, entonces, todos reconocen aquella voz.

Las tribus dan comienzo a rituales de lucha narrados mediante danzas y cantos ancestrales cuyas destrezas hechizan la muchedumbre. La ceremonia continúa hasta horas de la tarde. Frente a ellos, las tropas del Ejército Libertador permanecen inmóviles, sin siquiera aliviar su rigidez por orden de aquel hombre que observa atentamente desde algún lugar.

Ya la plaza está preparada. En el centro hay una mesa larga, de madera liviana, quizás de algarrobo o álamo. Los palos alrededor sostienen el cobertizo improvisado. Telas blancas y celestes menguan el sol de la tarde. Afuera, mientras tanto, las tribus permanecen alertas.

Dentro de la choza, de pie, con una mano sobre el respaldar de la silla y la otra detrás de su cintura, el hombre al que llaman *Libertador*, el General José de San Martín, recibe a los jefes indígenas. Unos jarros de madera que hacen de copas son señalados por el militar para saludar el parlamento. Acudiendo a Fray Francisco de Inalicán –intérprete y traductor de la reunión– ofrece vino tinto como cortesía antes de iniciar las conversaciones, pero los caciques no aceptan y pausadamente toman asiento, como si una serenidad etérea comunicara cierta sabiduría que sólo ellos transmiten. No creen

conveniente congraciar aún; sólo un acuerdo final podría admitir este agasajo.

El mismo Fray Inalicán, araucano de nacimiento y criado en una familia criolla, es precisamente quien comienza el congreso parlamentario. Tímidamente expone: *“Estamos aquí porque las heridas perpetradas por los españoles también sangran nuestra alma y nuestras libertades”*. Un profundo silencio circundó en la tertulia. Los caciques notaron la impotencia en su discurso y, peor, no podrían estar de acuerdo, pues ciertamente las tribus indígenas son las que mayores atrocidades sufren y las que, hace casi tres siglos, resisten sin atavismos a criollos y españoles por igual.

Percatándose de ello, San Martín interviene ásperamente, para poner negro sobre blanco: *“Los españoles merecen la muerte...”*. Su mirada también hablaba, y sus gestos expresaban algo más que meras proclamas discursivas.

Los caciques meditan. Es un silencio que concede, ahora sí, una aceptación auspiciosa. El jefe indio más antiguo, Ninconyancu, toma la palabra: *“Hemos venido. Estamos aquí. Estamos en nuestro Wenu Mapu. Esta plaza, de nuevo, es testigo de nuestra paciencia para llegar a la paz. Nuestro dios Ngenechén es nuestro soberano, pero sepa usted soldado (como dice llamarse) que esta vez, si no es la última, puede que enoje a nuestros guerreros, mujeres y malones que afuera esperan impacientes”*.

El resto de los caciques también parlamentan sin interrupción alguna de los presentes. Ya han pasado

cuatro horas y el sol primaveral comienza a diluirse en la cordillera. El rojizo crepúsculo inquieta al gentío que espera en la explanada. Ninconyancu se dirige al General San Martín y, finalmente, le manifiesta que los pehuenches suscriben el llamado de paz. Todos se levantan de sus sillas, excepto tres caciques que se han negado aceptar el pacto, pero que no obstante se comprometen no interferir contra San Martín.

El General ha solicitado autorización para cruzar por sus tierras y conseguir apoyo de la aguerrida raza indígena.

Los indios bajan de sus caballos; lanzas, cuchillos y otras armas punzantes son colocados en un cuarto cerrado del Fuerte. El festejo no se hace esperar: aguardiente y vino expelen el sabor añejo de la tragedia que ni los dioses lograron impedir.



La gesta libertadora nace en esa plaza, en aquella explanada del Fuerte, en San Carlos. Su fundación, que en el año 1770 se había levantado para exterminar tribus enteras y resistir los asaltos de *malones* que se perdían en la oscuridad del Valle de Uco, se convertía en un lugar donde indios y soldados patriotas pulsaban el devenir de la historia.

San Carlos surgía a partir de esa ceremonia inaudita en aquel septiembre de 1816. De allí retoñarán caudillos, políticos de estirpe gaucha, poetas, músicos de la cuyanía, aventureros excitados por el desierto y la pampa, chacareros que labrarán campos para la fanfarria de otros, médicos que hicieron historia. Sin duda, este valle parirá personajes que solamente el pueblo y sus testimonios pueden descifrarlos con entereza.

De Mola di Bari a La Consulta

Ha pasado un siglo. La frustrada independencia sudamericana no fue otra cosa que una cruel demostración del poder que las oligarquías nativas retuvieron a destajo. Fueron estas pandillas portuarias las que truncaron una auténtica revolución y las que, en complicidad con Gran Bretaña, organizaron países semejantes al tamaño de sus ambiciones.

Sólo las infamias de Domingo F. Sarmiento hacia el gauchaje y el pobrerío de las provincias prevalecerán triunfales, ante la evaporación silenciosa del General San Martín, Facundo Quiroga, Félix Aldao o Santos Guayama. El veneno depositado en la narrativa histórica y en la política argentina sellará una inesperada desdicha para los pueblos.

La “Belle Époque” de Europa con centro en París tendrá, no obstante, un rostro dramático de aquella abundancia que era exhibida en todo el mundo. Una etapa signada por guerras, poblaciones enteras atadas al abismo de la muerte o la miseria desgarradora, ocasionarán la expatriación de millones de personas.

Con apenas 20 años y sin dinero, Silvestro Tagarelli dejaba atrás su pueblo natal de Italia, Mola di Bari.

En Mola, pueblo campesino que acogía a doce mil habitantes en los años del 1900, la familia de Silvestro cultivaba hortalizas en una pequeña finca, pero sus padres,

Ángela y Vito, padecían las penurias que hundían a las provincias de la península itálica. Marcharse del terruño era, pues, una posibilidad que muchos escogieron.

Con el alma retorcida, Silvestro abordaba un barco con destino a América. Sólo las lágrimas en los rostros de las familias, impotentes, se ven en el puerto de Bari. Lágrimas que luego caen al suelo, hasta ahogar aún más los días grises, interminables, y disiparse finalmente en el Mar Adriático.

En la Argentina, italianos, españoles e inmigrantes hambrientos congeniarán con gauchos e indígenas, y aunque las diferencias u hostilidades regirán sus tramas sociales, el país asistirá a una regeneración histórica.

La vieja Comarca de San Carlos, aquella Comandancia de Frontera que había abrazado en sus orígenes a toda la región del Valle de Uco, Santa Rosa, La Paz, San Rafael, General Alvear y parte de Neuquén, ya no reparaba la presencia de Chiquillanes, Morcollanes, Oscollanes y Puelches. Ni mucho menos de las tribus Oycos y Goycos, vinculadas a los Huarpes. Los Pehuenches habitaban tan al sur que su territorio compartido con los Araucanos en Chile los volvía casi invisibles.

El departamento de San Carlos asomaba con el preludio del siglo XX, incierto, ignoto. Y en La Consulta –distrito oeste del departamento– la cordillera parecía caer sobre los mortales. Su enormidad prevalece. Esa robustez es el inmortal paisaje que ninguna fotografía ni pintura puede revelar. Esa cercanía a las cumbres entrega una calma especial y, también, devasta la vanidosa

superioridad del hombre. Todos allí son minúsculos.

Los azares de la inmigración y el amorío con una muchacha de Bari, Lucrecia Viola, condujeron a Silvestro a radicarse en La Consulta. Lugar que eligió para vivir, y para morir a los 75 de edad. Aunque Lucrecia residía en Bari, sus hermanos vivían hace algunos años en La Consulta y habían sugerido a Silvestro instalarse allí. Además, aquellos ojos azules de Lucrecia vencían sus noches de desvelo.

Silvestro era un italiano que amaba su patria, al igual que a las mujeres. Algunos, le decían “viejo picaflor”. De veterano, al hombre le seguía trabajando su fibra sexual. Tuvo 13 hijos. A los 67 años de edad tuvo su último hijo con una joven mujer del pueblo, Margarita Elva Elgueta. Lucrecia falleció a los 48 años de edad; sufría diabetes y una ceguera aguda que cerraban poco a poco sus grandes ojos marinos.

En 1910 se establece en ese pueblo de montaña e inviernos rudos. Tan feroces son esos inviernos del valle que hasta el extranjero más necio notaba la dura piel que los gauchos llevaban como insignia. Eran años donde los distritos del departamento comenzaban a configurar sus identidades, cuyas semejanzas y diferencias serán –más tarde– lugar de lazos generosos e, indudablemente, de rivalidades inclementes.

San Carlos, aunque animado por las nuevas economías agrícolas que prometían futuro, también confería nuevos aires para pequeños comercios y talleres artesanales. En la vieja calle Ejército de Los Andes, Silvestro

abrió una peluquería y, con el tiempo, logró comprar una vieja casona, que, en pocos años, convirtió en conventillo para extranjeros e inmigrantes. Era un conventillo levantado con paredes de adobe y techo de caña. El pasillo, extenso, concedía intimidad cuando en las habitaciones las visitas suscitaban encuentros imprevistos. Algunas noches, las velas alumbraban el patio que se engalanaba con acordeones y tarantelas italianas, aunque los ritmos naturales del criollaje daban origen a sonidos desconocidos; quizás una tonada, una milonga o un tango hacían aparición ante el entusiasmo de aquellos músicos que no eran más que hombres y mujeres de trabajo y desazón.

A decir verdad, al joven Silvestro le iba bien. Adquirió terrenos y propiedades. Era uno de los tantos inmigrantes que progresaban al ritmo del país agrario y exportador.

Sí, amaba a su Italia, pero, sin duda, fue ese nacionalismo desmedido lo que lo llevó a tomar la decisión de regresar a Italia cuando estalló la Guerra Mundial, en 1914. Tenía 24 años. Con valor, se enlistó voluntariamente en el ejército. Era por entonces un soldado patriota y convencido; ningún texto de política lograría cambiar su decisión; ningún erudito de su propia Italia hubiera logrado convencerlo de la trama engañosa de aquella guerra. El joven Silvestro era un italiano desterrado que retornaba a su patria, quizás por revancha o por el crédulo desafío de enfrentar con un fusil a los responsables de ese destierro.

Perseveró años en los campos de batalla. Silvestro, sólo sentía patriotismo y valentía combatiendo cuerpo a cuerpo contra soldados rivales de otras naciones, aunque, indefectiblemente, las trincheras eran resguardos que le infundían cierto temor, en lugar de transmitirle protección como a la mayoría de sus compañeros de batalla. Algo había en ellas que inquietaban su sano juicio. Tal vez porque las ciénagas húmedas apaciguaban la sangre encendida que llevaba en sus venas o, porque, sencillamente, no aceptaba permanecer debajo de aquel suelo suyo, todavía suyo.

Silvestro jamás dejó de lamentarse por el infortunio de las trincheras. “*Trincea de merda*”, le decía a su amigo, Estanislao. Durante la guerra, una granada detonó tan cerca que las graves heridas lo obligaron a retirarse del ejército y las secuelas sufridas fueron una consternación que lo acompañó el resto de su vida. Silvestro dejará aquella trinchera con problemas auditivos y serias dificultades para caminar. Algunos, le decían el *Rengo*. Otros lo apodaban el *Sordo*.

Regresó a La Consulta en 1918. Pero el hombre de la peluquería y el conventillo ya no era el mismo de antes. El juego de azar y las timbas en bares secretos lo llevaron poco a poco a perder sus propiedades. Los viejos apostadores –a sabiendas de las consecuencias heredadas por la guerra– engañaban con picardía a Silvestro, empujándolo, en definitiva, a la ruina y la pobreza. Sin embargo, la peluquería siempre continuó allí. Fue el barbero del pueblo. El Rengo –o el Sordo–

atendía con generosidad cuando acudían a su local, y los anticuados peinados de damas y caballeros siempre tenían su impronta. A nadie le importaba su pasado frustrado de apostador.

Nunca perdió su chispa y era tan obstinado Silvestro, que logró contraer matrimonio a distancia, un 7 de Julio de 1922. En el departamento de Las Heras, donde funcionaba el único Registro Civil, legalizó matrimonio con Lucrecia que, al poco tiempo, llegaría desde Mola di Bari.

El primer hijo que concibieron se llamó Victorino Tagarelli. Corría el año 1923.

Sin dudas, aquel joven soldado decidido a batallar por su Italia, será en Mendoza un hombre resuelto a luchar en suelo sancarlino contra las élites de la provincia que se perpetuaban en el poder desde hacía más de medio siglo. Don Silvestro será en San Carlos uno de los protagonistas de la vieja usanza política que acompañó al Gaucho Lencinas.

El triunfo del radicalismo en enero de 1918, llevó a José Néstor Lencinas como gobernador de Mendoza. Cercano a la peonada, el gaucho sancarlino enfrentó el poder de las familias tradicionales que controlaban, entre otras cosas, el comercio del vino y las tierras productivas. Visitando ranchos o mateando en las tardes del secano, se lo veía también en los bailes populares tejiendo política con el pueblo. “*Las montañas se suben en alpargatas*”, había dicho alguna vez. Por eso, para las elites conservadores, los seguidores de Lencinas eran “*la chusma de alpargata*”.

El hombre tenía esa prudencia que, del mismo modo, lo transformaba en una persona efusiva, impulsiva. Y esa era su virtud, la del *Gaucha* Lencinas.

Una noche, saliendo de una reunión en la sede del partido fue increpado violentamente por tres hombres, seguidores de Emilio Civit. Sin ningún tipo de sobresalto, Lencinas retó a un duelo de cuchillos a los sujetos. Algunos, dicen que detrás de él estaba don Silvestro, preparado con un pistola calibre 22 por si las cosas se salían fuera de control.

Los años del lencinismo pasaron precipitadamente, pero al mismo tiempo dejaron rastros trascendentales en la política provincial. Una tarde de noviembre en 1929, ante una multitud que esperaba el discurso de Carlos W. Lencinas (hijo de José Néstor y por ese entonces gobernador de la provincia), los disparos estremecieron al gentío. Habían asesinado al *Gauchito* Lencinas, sucesor innato de su padre que el pueblo mismo había apadrinado como su líder. Don Silvestro sintió esa muerte como propia y desde aquel día la peluquería sólo atendía los fines de semana, cuando el viejo precisaba salir del hogar para que el licor que ansiaba no lo atrapara en algún bar los siete días de la semana.

Falleció en 1965, a los 75 años. El cigarrillo le había consumido los pulmones. En los últimos días, cuando los punzantes dolores le atravesaban el cuerpo, una imagen venía a su mente en reiteradas ocasiones. Silvestro, recordaba la risa de sus hijos cuando de niños regresaban del colegio y lo saludaban con un abrazo infalible. Entre

ellos, avizoraba la mirada del niño Victorino, cálida como las lumbres, y entonces los dolores desaparecían por completo.



La ruta de la medicina

En las siestas, junto a su hermano Nicolás, el niño Victorino frecuentaba el baldío lindante a la bodega Fapes. Después de explorar largo rato en las máquinas dañadas y subir a la cabina del tractor, los dos corrían hasta el terraplén del ferrocarril. Sabían que los sábados en horas de la tarde regresaban los obreros metalúrgicos que a veces llevaban a sus hijas para conocer Córdoba o Buenos Aires. A los hermanitos les atraía ver a esas jóvenes mujeres con sus vestidos ataviados. De regreso a casa, cruzaban la represa del pueblo, bordeando cuidadosamente las aguas para no perder el equilibrio y mojarse las patas.

De niño, el fútbol era una pasión que desde entonces marcará su fanatismo por el Club Eugenio Bustos y por Racing Club de Avellaneda. Aunque de grande a Victorino le producía un resquemor inaudito su archirrival La Consulta, nunca ocultó que siendo adolescente jugó en el Club Sportivo La Consulta. Nicolás fue portero del plantel juvenil, y Victorino, marcador central, un libero o *fulballcentro* como acostumbraba a decirse en la clásica escuela futbolera.

Su infancia transcurre feliz. Toma clases en la escuela primaria Adolfo Tula. Apenas un manojito de niños asistía a aquel edificio escolar que contaba con tres aulas y un patio grande. En los recreos, la imaginación del

niño Victorino se pierde, volando. Inquieto, curioso, se pregunta sobre la existencia humana, el comportamiento orgánico y el entorno natural que envuelve toda forma de vida. Le atraían los libros de Biología, el porqué de las células que forman tejidos y conviven en su unidad, se interesa por el corazón, ese músculo que irriga sangre y concede vida.

Eran tiempos donde los niños se reunían, se convocaban alrededor del jardín de algún vecino e improvisaban un juego de “*choilas*”, divagando con esos vidrios de tonos claros en forma circular que creaban mundos de colores. También solían “*challarse*” en las tardes de calor, cuando los carnavales auguraban el verano, o esperaban la noche con impaciencia, en junio, para encender con la leña apiñada del campito los muñecos de San Pedro y San Pablo. Los niños, jóvenes y viejos del pueblo no tenían que preguntarse por la felicidad; la sencillez confería las respuestas necesarias a la vida, y la vida misma era un suspirar que no conocía de artilugios ni ceremonias virtuales.

Ya en los primeros años del colegio secundario, en el Nacional Agustín Álvarez, Victorino estaba convencido de estudiar Medicina. Su aspiración más grande era ser médico de San Carlos. Emocionado, conversaba con sus amigos del barrio. Les comentaba que la medicina no se trata solamente de sanar a enfermos o convalecientes sino esencialmente de preservar la vida. Con sus amigos, Ulpiano Suárez y José Difonso, pasaba horas discutiendo sobre la vida, la muerte, el hambre, el dolor o la felicidad.

Aunque, también, las noches en la ciudad de Mendoza eran testigo de las travesuras que Victorino y sus amigos improvisaban. Y si de banquetes se trataba, no dudaban en tejer algún plan riesgoso que atosigaba aquella juventud de los años ´40.

Una tarde de invierno, bajo el blanco limpio de esas nubes que anticipan las nevadas, Victorino, Ulpiano y José fueron de compras al Mercado Central. Y ahí estaba el lechón, colgado en ganchos de acero, a la vista de cualquier clientela sedienta, aunque con dinero para llevárselo. El animal tuvo su tiempo necesario, pensaron. Victorino y José contuvieron entonces la atención del carnicero, debatiendo apasionadamente sobre las tramas futboleras de Racing, Boca o River, mientras Ulpiano descolgaba el lechón con una habilidad sólo vista en los carneos del campo, ocultándolo en su abultada chaqueta, para luego escapar rápidamente antes de ser descubiertos por la Policía y el administrador del Mercado Central. Ya en casa, con las brasas a punto, Ulpiano no dejaba de lamentarse por el hedor que el crudo lechón había impregnado en su gabán.

—*Esta joda me salió más cara que comprar el lechón*, decía, entre lamento y gozo.

Eran inseparables, esas amistades que hoy en día son una suerte de novela fantástica del siglo XXI. Se colaban en casamientos, cumpleaños o eventos de la alta sociedad mendocina, masticando como salvajes los platos de gourmet, simulando a los romanos que volvían a comer, después de vomitar.

Por aquellos años no existía la Facultad de Medicina en la provincia de Mendoza. Por eso, cuando finalizó los estudios secundarios decidió marcharse a Córdoba para iniciar la carrera. Su padre, don Silvestro, no contaba con suficiente dinero para contribuir en los gastos de su carrera y, aunque hubiese podido, Victorino se rehusaba a aceptar cualquier tipo de ayuda más allá de lo necesario.

En las épocas de cosecha, trabajaba en los viñedos cargando tachos de uva negra y moscatel. Se pagaba bien, o al menos la plata rendía. Cuantiosos jóvenes e inmigrantes que seguían arribando al país se incorporaban como jornaleros y las épocas de cosecha en Mendoza permitían a muchos hacerse con una platita para destinar a la familia, los estudios o a la cuota de algún pequeño lote en cercanías de la ciudad.

En las gamelas de Lujan de Cuyo, Victorino se empleaba en las perforaciones petroleras y con el dinero reunido viajaba todos los años para continuar sus estudios en Córdoba. Allí, además, era ayudante de cocina en un modesto restaurante. A veces, por el cansancio acumulado, se quedaba dormido en la mesa de la pensión con sus libros voluminosos de Medicina o Anatomía.

En esos años, alquila una pensión en el tradicional Barrio Clínicas, cuyos albergues prometían hospedaje a precios comprensibles. A unas cuadras hacia el oeste, frente a las colinas, se encontraban el Hospital Nacional de Córdoba y la Facultad de Medicina, cercanos al arroyo La Cañada, el cual señalaba los límites del barrio con la ciudad, el confín de los suburbios. El “Barrio pueblo”,

como se lo conocía en los años ´30, acogía a muchos estudiantes y obreros provenientes del interior de país. Era una zona poblada, atiborrada de viejos conventillos que contrastaban con los nuevos edificios que comenzaban a levantarse.

Siendo un joven estudiante, conoció el hambre. A veces no había “*pa’ parar la olla*” ni, mucho menos, para abonar el alquiler en tiempo y forma. Era frecuente que lo desalojaran o, que al término de la renta, escapara por las ventanas del patio junto a otros compañeros de pensión, corriendo por el callejón de adoquines, a risotadas, para después meditar seriamente en el banco de la plaza Alberdi cuál sería el siguiente aposento.

Flaco, de pelo castaño y enrulado, vestía siempre con las mismas pilchas, aunque a nadie en esos años se le ocurría juzgar a las personas por la ropa o los zapatos gastados. Tenía una biblioteca repleta de libros y un rostro feliz.

En las vacaciones de verano o invierno solía regresar a casa para visitar sus padres y hermanos. Tenía un especial cariño, casi protector, por sus hermanos menores. Y, además, extrañaba profundamente el pueblo de San Carlos.

Un junio de 1945, las fuertes nevadas entorpecían el servicio de trenes con destino a Mendoza. Había, no obstante, un autobús que los días domingos salía desde Córdoba, se detenía algunas horas en San Luis y llegaba a Mendoza el día lunes por la noche. Victorino, sin dudar, se dispuso a tomar el colectivo. Por la Ruta 40,

en cercanías del poblado de Villa Mercedes, el autobús sufrió un accidente con un camión de carga. Sólo un suspiro profundo podía calmar el dolor por la fractura de su codo, entre el pánico de los pasajeros.

El accidente le costó un año de estudio y durante toda su vida debió convivir con una incapacidad en el brazo, pues sólo podía extenderlo parcialmente. Aunque con el tiempo, para la gente de San Carlos aquel brazo corvo era otro vestigio de su personalidad que, en el caminar acelerado o el hablar precipitado, lo distinguían a lo lejos. Y cuando se acercaba, un manto de tranquilidad azuzaba a los pacientes.

Durante su recuperación siempre mantuvo contacto con profesores y compañeros de la universidad. De ningún modo podía demorar la carrera. Terco, aunque conservando una modesta discreción, realizó al mismo tiempo dos años de carrera hasta alcanzar a sus compañeros de curso. En reiteradas ocasiones, él decía: “*Yo era común, no me destacaba*”. Sus amigos lo admiraban y los docentes de la carrera tenían un especial respeto por él. Victorino, sin embargo, no se consideraba más que nadie, aunque menos que ninguno.

En otra de sus visitas a La Consulta conoció a la familia Galera, que había llegado a la Argentina décadas atrás, luego de zarpar en un barco desde Andalucía, hasta llegar a Buenos Aires en 1926, para trasladarse luego a San Rafael. La familia Galera conservaba un cierto estilo de vida gitanesco. Se dedican, por entonces, al comercio, la compraventa de productos textiles y el negocio de la

industria eléctrica. Indudablemente, permanecer quietos en un solo lugar no era lo suyo. Por eso, en el año 1927 venden su local y se mudan a Tunuyán. Al tiempo se instalan en La Consulta, donde abren un negocio de ramos generales.

Victorino tenía muy buena amistad con Manuel Galera, hermano de Emilia y futura compañera de vida. Había algo en aquella muchacha de sonrisa dulce que había maravillado a Victorino. Los dos decían que se enamoraron con sólo verse la primera vez.

Emilia nació en San Rafael en 1927, hizo la escuela primaria en ese departamento, aunque sus deseos por continuar los estudios secundarios se vieron truncados dada la influencia de uno de sus hermanos, que siempre le decía: *“La escuela secundaria no es para señoritas de bien”*.

Enamorados, Emilia a veces lo visitaba en Córdoba, llevando chocolates y coñac que ambos disfrutaban compartir en aquel cuarto de pensión. Se casaron en el año 1950.

El último año de carrera ejerció la residencia médica en el Hospital de Córdoba (“internado” se llamaba por aquel entonces). De hecho, en esos años los estudiantes de Medicina permanecían reclusos en los nosocomios haciendo sus prácticas con largas jornadas de observación, cuidado de pacientes e intervenciones clínicas que dejaban poco tiempo para descansos extensos o salidas fortuitas. Victorino, entonces, decidió abandonar las pensiones itinerantes que durante cuatro años había

transitado para mudarse de manera definitiva al hospital, pasando sus noches en una habitación y asistiendo al comedor del edificio que proveía el pan, carne y frutas, sin las carencias a las que se había acostumbrado. Aquel joven estudiante, delgado, pronto luciría una silueta rolliza, tana, argentina.

Restándole una materia para finalizar su carrera, Victorino reservó una casa en Eugenio Bustos. Lo primero que hizo su padre fue colocar un cartel en la puerta: “Acá se va a instalar el doctor Victorino Tagarelli”. Se recibió en 1948. Fue, desde entonces, el médico del pueblo.



Un contexto difícil

La Argentina infame de los años '30 había dejado su marca.

La Banca de Londres y la Sociedad Rural tejieron un país que en los años '40 se desmoronaba, con las mayorías sumidas en la pobreza y las esperanzas ahogadas en un difuso letargo. “*La pobreza es un castigo de la naturaleza*”, dirá el Ministro de Hacienda Alberto Hueyo, sujetando un libro de Darwin y D.F Sarmiento.

En esos años, había 800 mil analfabetos en el país y el término de vida promedio era de 35 años. Había tuberculosis, desnutrición, hambre. Por entonces, las poblaciones rurales languidecían debido a la falta de trabajo y los efectos de una explotación de tipo feudal.

La tuberculosis llegaría a cifras alarmantes como consecuencia de la miseria. La mortalidad infantil alcanzaría índices que superarían a los que, más tarde, tendrían los países devastados por la Segunda Guerra Mundial. El paludismo y la fiebre amarilla se extendieron desde Tucumán, Salta y Jujuy hasta Corrientes y Misiones, pasando por Formosa y Chaco. La enfermedad de Chagas llegaría hasta Cuyo y el Sur.

El aniquilamiento económico del interior y las perspectivas que se abrían en Buenos Aires con la iniciación de nuevas industrias produjeron el desplazamiento de importantes núcleos de población hacia

la Capital Federal y otros centros industriales como Córdoba y Rosario.

Los hechos pasados de la Patagonia Rebelde del '22 serán otra página más del terror político y militar volcado sobre los trabajadores.

Por entonces, el mate amargo se hace nacional y Enrique Santos Discépolo compone "*Yira, yira*".

En Corrientes, los grandes tamberos derramaban leche en las calles, mientras que en Mendoza los bodegueros derrochaban vino en las acequias. El mensaje de terratenientes y latifundistas fue claramente un manifiesto antinacional: "*La producción y distribución de alimentos reconoce sólo una ruta: el mercado externo. Y si esa ruta se halla entorpecida por las políticas públicas, pues mejor arrojar los alimentos y productos a la basura antes que entregarlos al pueblo argentino*".

La Fuerza de Orientación de la Juventud Argentina (F.O.R.J.A) lanza su lema: "*Somos una Argentina colonial, queremos ser una Argentina libre*". La aparición histórica de los "*Descamisados*" y los "*Cabecitas negras*" dan origen al peronismo, un 17 de octubre de 1945.

Por fin, la Segunda Guerra Mundial concluye, devorando las últimas energías de Gran Bretaña y Alemania, y en Asia se produce la Revolución China.

El líder político del nacionalismo en Colombia, Eliécer Gaitán, fragua poder con los campesinos de la tierra cafetera. Getulio Vargas es elegido presidente de Brasil. El Aprismo irrumpe en el Perú. Grau San Martín colmaba de esperanza a Cuba, después de décadas de

colonialismo. La rebelión zapatista en México era una bandera que en América Latina seguía vigente.

Para el año 1946, el giro político nacional impactó en Mendoza. Hacía una década que el leninismo había desaparecido y el liderazgo de las familias patricias entrenadas en Buenos Aires y formadas al calor del orden antidemocrático fracasaron en sus pretensiones de conservar el poder.

Alberto Rodríguez y Juan Draghi Lucero incursionan el Primer Cancionero Cuyano y, más tarde, Feliz Dardo Palorma, poeta, músico y peregrino nacido en La Paz, canonizaría la raíz del folclore cuyano hasta inmortalizarlo en lo profundo de la cultura nacional.

La creación de la Secretaria de Salud Pública de la Nación con rango de Ministerio en 1946 fue un hito histórico que tendrá como protagonista a Ramón Carrillo, un neurólogo con filiación política radical que se había incorporado al peronismo.

El valle tiene más que un médico

En San Carlos, Victorino, desde el comienzo de su labor profesional, tuvo una intensa actividad sanitaria y social en el departamento. No obstante, no había en él ningún tipo de interés ni compromiso con ninguna de las fuerzas políticas. Su oficio era la medicina y el contacto natural con el pueblo de San Carlos. Cuando finalmente egresó –joven pero con un criterio social y una madurez suficientemente reconocida en el campo médico–, su presencia en los problemas y soluciones de la población fueron moneda corriente.

Si bien estaba más cerca del radicalismo, se había desencantado hacía tiempo de ese mundo y, en efecto, se arrogaba como justo el desinterés por cualquier tipo de aspiración política personal. Se había desafiado de la UCR a principios de los años '50 y, cuando Frondizi ganó las elecciones en el año '58, Victorino adhiere a la UCRI (Unión Cívica Radical Intransigente), de manera simbólica.

En mayo de 1951, fue designado Director Médico de la Sala de Primeros Auxilios y Maternidad. Ese mismo año se atendió el primer parto, y veinte años después aquella niña nacida en 1951 daría a luz en las mismas manos de Victorino.

Aquella sala estaba ubicada en la calle San Martín, casi Don Bosco, de Eugenio Bustos. Era una casona de

adobe y caña que, desde el año 1934, fue acondicionada como Centro Médico Asistencial, donde además funcionaba una panadería que abastecía al pueblo. Un enfermero, Primitivo Sancho, hombre de la ruralía del Valle de Uco, que resistía junto a los vecinos los reveses de la Década Infame, fue uno de sus precursores, con el apoyo de Bernardo Quiroga.

Solo una vez a la semana un médico proveniente de la ciudad de Mendoza llegaba a San Carlos, al igual que el odontólogo. Evidentemente, la atención era muy limitada y los recursos desigualmente distribuidos en toda la provincia (lo sigue siendo, de hecho, en nuestros días). La ambulancia estaba abandonada desde hacía años; generaba congoja ver a esa camioneta apostada sobre tacos de madera con el color rojizo del óxido.

En 1951, lo acompañaban a Victorino solo dos personas, la enfermera María Moreno, mujer incansable y de corazón gigante, y el chofer de la ambulancia, Don Venerando Ríos, quien siempre estuvo a su lado con una lealtad pocas veces conocida. Luego se incorporarían las enfermeras Margarita Puerta, Mercedes Lobos de Ruarte y Carmen Elgueta, pilares en la gestión del hospital junto a Victorino.

Con apenas 30 años Victorino formaría un grupo vecinal con formidable capacidad emprendedora, insólita para aquella época (y para esta también), entre los que colaboraban el cura Ambrosio Bonfanti, Don Alfano y Antonio Abraham. Al poco tiempo, crearon una "Junta

Vecinal”; la población de Eugenio Bustos rápidamente acompañaría activamente los empujes de este grupo. Querían que Eugenio Bustos fuera grande. La misma gente, donando dinero o entregando suministros, ayudaría para arreglar la ambulancia, pintar la Sala de Primeros Auxilios o juntar ladrillos cuando hubo que ampliar un consultorio.

Ya en el año ´49, aún antes de ser designado director médico de la Sala de Primeros Auxilios, Victorino recorría en sulky los caseríos del departamento. El médico no tenía vehículo para trasladarse, por lo que algunos vecinos se organizaban para que, en las mañanas bien temprano, alguien le hiciera de cochero para transportarlo por las viviendas de San Carlos.

Por fin, se logró extender la conexión eléctrica en Eugenio Bustos. Eran años donde pocas familias tenían iluminación en sus hogares. A las 22, se anunciaba con cortes intermitentes que en una hora, a las 23 en punto, se interrumpiría el servicio eléctrico hasta el otro día. Gradualmente, los horarios de luz fueron más prologados y más viviendas accedieron al servicio.

La preocupación por el asfalto en las calles y el agua potable fueron también motivo de movilización de este grupo y de los vecinos en general. En Eugenio Bustos, las primeras calles en pavimentarse fueron San Martín y Bernardo Quiroga, pavimento que hasta el día de hoy perdura, intacto. Victorino tenía la manía de supervisar periódicamente los avances de obra, aun desconociendo los procedimientos rigurosos de la construcción.

Entre otras cosas, la gente de Eugenio Bustos aportaba una cuota. Había una Comisión Controladora de los Gastos supervisada por los propios vecinos. Un acto social admirable, digno de ser practicado en nuestros días.

La campaña por instalar la red telefónica fue otro de sus desafíos. En aquella época no había telefonía. Los únicos tres aparatos –que estaban comunicados entre sí– los tenían la Sala Médica, la Policía e, indudablemente, la casa de Victorino Tagarelli.

Hiperactivo, comprometido con la educación pública, ejercía la docencia *ad honorem*. Dictaba clases de Biología y Zoología, participando activamente en las cooperadoras escolares, no sin discutir o cuestionar duramente las artimañas burocráticas que muchos docentes y directivos dispensaban. En la escuela Don Bosco, el Colegio Agrario y el Instituto de La Consulta, sus clases permanecen en el recuerdo de los alumnos.

El sueño de un hospital

No bien se recibió, el doctor Victorino Tagarelli empezó a trabajar como médico en su pueblo. Corría el año 1948.

En esos años, Victorino había conocido a los hijos de doña Celia de Bustos. Fue en una emergencia, cuando una trabajadora rural oriunda de Santa Fe estaba por dar a luz en unas de las fincas de la familia de doña Celia. Allí, le solicitaron que sea médico de sus obreros. Doña Celia, hija de Don Eugenio Bustos y esposa de Bernardo Quiroga, propietaria de grandes campos –algunos de ellos considerados el corazón de la vid en el Valle de Uco ya estaba anciana y con dificultades para ver, casi al borde de la ceguera. Aunque Victorino tenía una muy buena relación con doña Celia, no dudó en decirles a sus hijos.

—Soy médico de San Carlos. Atenderé a los obreros como a cualquier otra persona del departamento, sin preferencias, en la sala del pueblo.

En varias oportunidades le ofrecieron campos o haciendas productivas. Nunca deseó aquello. En una ocasión le ofrecieron la finca Manso, una tierra que por entonces representaba una fortuna. Él siempre respondía: *“Yo soy médico de este pueblo”*.

Doña Celia, ya viuda y acompañada por sus empleados domésticos, vivía en la ciudad de Mendoza, en una

casona del siglo XIX que daba a la calle San Martín, con su larga alameda arropada de fresnos y tipuanas. Celia de Bustos había asumido la administración de las viñas en San Carlos cuando falleció su padre y, posteriormente, su esposo.

Con ella, el control de las fincas cambió radicalmente, lejos del señorío feudal que Bernardo Quiroga ejercía con obreros y trabajadoras de la vid. El derecho de pernada dejó de ser una práctica en las fincas de doña Celia y, ciertamente, aquella mujer rendida a los pies del patrón de estancia pasó pronto a ocupar un lugar de reconocimiento en la sociedad sancarlina; una mujer con profunda sensibilidad humana, apegada a una tierra que sin embargo no dudaría de desprenderse cuando algún vecino solicitaba una donación para una causa común de los sancarlinos.

Doña Celia, si bien pertenecía a las familias tradicionales de la provincia, no desempeñó un liderazgo autoritario e imprudente. Fue, tal vez, una excepción dentro de aquellos grupos conservadores que exhibían costumbres y métodos con aires de oligarquía. Era, por el contrario, una mujer más de ese pueblo sancarlino. Con ella, la historia de la vitivinicultura en el departamento fue un hito para el Valle de Uco.

Por intermedio de sus hijos, el doctor Tagarelli consiguió una entrevista para solicitarle la donación de uno de sus terrenos baldíos ubicado en el centro de Eugenio Bustos, con la firme idea de construir allí un hospital que atienda dignamente las necesidades de la población.

Visitaron terrenos para edificio del nuevo hospital

El titular de Bienestar Social además inspeccionó el nosocomio de Eugenio Bustos, departamento de San Carlos

Las localidades de Eugenio Bustos y Tunuyán visitó el titular de Bienestar Social de la Provincia. En el distrito san-carlino, luego de visitar las instalaciones del nosocomio, aseveró que está en estudio la posibilidad de habilitar un servicio de cirugía de mediana complejidad, que cumpla las mínimas exigencias de la zona. En la ciudad de Tunuyán, entre tanto, visitó algunos terrenos donde se prevé levantar el futuro hospital del departamento, con mayor infraestructura que el actual "Carlos Poncé".

Diversas gestiones relacionadas con su área realizó en el departamento de Tunuyán y la localidad de Eugenio Bustos, el titular de Bienestar Social de la Provincia, doctor Rodolfo Montero. En Eugenio Bustos

una vez que se disponga del presupuesto para hacer algunos nombramientos, poner en marcha este servicio de cirugía.

Aclaró además el ministro de Bienestar Social de Men-

pital. Acompañaron al titular de Bienestar Social durante su recorrida el intendente municipal, Antonio Vendrell y miembros de los tres bloques que conforman el Concejo Deliberante, además de otros

El día de la entrevista, doña Celia estaba postrada en su cama, aunque siempre conservó una lucidez enviable, aún en sus últimos días, a los 95 años. Sin duda, después de escuchar a Victorino, celebró la propuesta y fueron entregados cinco mil metros cuadrados de superficie en la esquina de Las Heras y Bernardo Quiroga. La donación fue un acontecimiento para el pueblo de San Carlos y Mendoza; un acto de justicia alcanzado por la tenacidad de la gente y, al mismo tiempo, el comienzo de una nueva historia para la salud pública del departamento. Y eso lo sabían, sin decirlo, los habitantes de Eugenio Bustos y San Carlos. Bastaba con mirarse a los ojos.

El Sanador del Valle, Victorino Tagarelli, empezaba a cumplir así uno de los sueños más grandes de su vida. Nada lo detendría hasta lograr que su comunidad tuviera un hospital como se merecía y se merece.

La Salita ya era un Centro Asistencial, cuyo servicio no subsistía sobre la base precaria de primeros auxilios, sino mediante múltiples cuidados e intervenciones. Entonces la gente, ese pueblo, siente el pecho agigantado al ver prosperar en poco tiempo su propio medio sanitario.



El estado actual de los trabajos en la segunda etapa de su construcción.

Ejecutan obras de ampliación en el hospital de Eugenio Bustos

EUGENIO BUSTOS (San Carlos). — Se encuentra en plena ejecución la segunda etapa de la ampliación del hospital de esta localidad.

La actual ampliación comprende 450 metros cuadrados de superficie y se construye cinco consultorios externos, amplia sala de espera, servicio de rayos X, servicio de laboratorio, garage y hogar que,

prematuros, clínica médica para hombres y mujeres, etc.

Cobertura

Este nosocomio cubre la asistencia de todo el departamento San Carlos, con aproximadamente 20.000 habitantes. Concurren a él pacientes de los distintos distritos de la zona. Una pauta de los servicios que presta el hospital, la proporcionan los datos estadísticos.

ma. 33. Recaudación por aranceles (decreto 1699). 441.290 pesos moneda nacional. Con el 80% de lo recaudado fueron adquiridos elementos y se realizaron mejoras en cuanto hace al confort del edificio. Porron eximidos de pago 16 pacientes por un total de \$ 30.000 moneda nacional.

Labor eficiente

LOS ANDES pudo constatar que la labor realizada por

HOY

MODERNO MICRO-HOSPITAL FUE INAUGURADO EN EUGENIO BUSTOS

San Carlos cuenta ahora con un nuevo y moderno edificio destinado a resguardar la salud de la población. El mismo fue inaugurado el 26 de abril en un acto que contó con la asistencia de autoridades encabezadas por el Gobernador de la provincia, general José Eugenio Blanco; el ministro de Bienestar Social, Dr. Félix Gibbs; el subsecretario de Salud Pública, doctor Segura Villanueva; el Director de Arquitectura, arquitecto Rogé; el intendente municipal de San Carlos señor Pedro Notti, autoridades civiles, militares y eclesiásticas y numerosos vecinos de la zona.



Cuando en 1951 se produjo el traslado al nuevo edificio en las calles Las Heras y Bernardo Quiroga, entonces aquella victoria adquirió magnitudes inesperadas y, como natural inferencia, ese pueblo se reconoció en la figura del doctor Victorino; ese hombre que, cual Quijote idealista, dirigió sus victorias hacia los suyos, victorias que no estarían exentas de escollos o de crueles disputas, lo cual, está claro, le atribuían mayor grandeza.

Y llegó el día. El cortejo inaugural colmó las calles: San Carlos, al fin, tenía su hospital.

El doctor Tagarelli tenía algo que lo diferenciaba notablemente de otros médicos. Generalmente, los médicos con capacidad técnica dedican su existencia al esclarecimiento e investigación de problemas sobre la base de estructuras burocráticas y académicas, perdiendo de vista el valor de las organizaciones sociales y de los espacios espontáneos de participación que les sirven de apoyo. Victorino no vaciló en derrumbar barreras burocráticas y llevar adelante proyectos de envergadura que, en otras circunstancias, habrían demorado años en realizarse.

La formación de una conciencia sanitaria en la población que alcanzó a influir hasta en las zonas rurales es una prueba de su contacto natural –más no exclusivamente profesional– con la población. Su vocación no se traducía en una actividad intelectual de tipo de profesional, formada en jerarquías institucionales. Al contrario, era un médico compenetrado con el pueblo, un doctor práctico que desarrollaba sus conocimientos vivenciando las realidades de la gente en sus diversos

contextos y modos de vida. Era un humanista, a pesar de aquellas incrédulas palabras salidas de su boca.

Se trabajaba las 24 horas, en dos turnos. La cocina funcionaba con leña que el mismo personal hachaba en los campos de Eugenio Bustos. Don Arias era la única persona en San Carlos que conocía a la perfección el arte de las calderas. La mucama hacía las compras en el local de ramos generales del pueblo y, ante eventuales problemas de luz, las lámparas a kerosene suplían la carencia.

DEPARTAMENTALES

Quedó Inaugurado un Laboratorio de Análisis Clínicos en Eugenio Bustos



Las prestaciones y atenciones médicas de mayor complejidad fueron ampliándose. Docenas de médicos y personal de la salud de la provincia fueron convocados por Victorino. En ese año de 1951, la atención de pacientes llegó a 70 personas por mes, superando

las 1.500 consultas. Por día, la atención en Consultorio Externo rondaba las 3 horas, 5 horas en Pediatría, 2 horas en Odontología, 2 horas en Laboratorio, guardia permanente de enfermeras y un médico de guardia durante las 24 horas los días domingos. En poco tiempo, se logró atender un promedio de 1.300 pacientes por mes, con más de 140 internaciones. Sin duda, el hospital fue un suceso excepcional que repercutió en toda la provincia.

Victorino Tagarelli, en pocos años, se convirtió en un referente social sumamente popular en el Valle de Uco. Algunas propuestas no tardaron en aparecer.

En 1958, con motivo de las elecciones presidenciales, una comitiva nacional del frondizismo llegó a San Carlos para ofrecerle la candidatura a intendente de San Carlos. Victorino escuchó respetuosamente a los representantes provinciales y nacionales. Durante 40 minutos, los funcionarios le expusieron la importancia de su propuesta, ante la mirada impasible de ese médico que ya por entonces contaba con diez años al frente del hospital. Era una mirada que no confería respuesta alguna. Su absorto silencio decía más que mil palabras. Hasta que interrumpió:

—*Emilia, ¿vos que pensás?*, le dijo a su esposa.

—*La decisión es tuya Victorio*, respondió Emilia.

—*Miren muchachos* –les dijo mirándolos a los ojos–, *si soy intendente, dejo de ser médico... Y a mí me costó mucha hambre ser médico.*

¡Pase doctor y elija!

Victorino y Emilia tuvieron dos hijos, Víctor, conocido como *Tito*, nacido en 1952, y Daniel, el *Ratón* o *Charango*, nacido en 1955. Fueron dos niños inquietos, que buscaban los frutos maduros de la higuera que había arrojado raíces en el margen del patio o curioseando en el pequeño huerto donde su padre había sembrado frutillas y rabanitos. Sin que su padre Victorino lo advierta, husmeaban el Chevrolet 1940 que el médico consagraba como una de sus pasiones y que no reconocía muestras de jerarquía o escala social sino, sencillamente, una fascinación que sólo él podía explicar mediante argumentos románticos.

Las compras de casa las hacía en los almacenes del pueblo, previo listado que preparaba Emilia, sin olvidar el chocolate blanco y el helado que tanto saboreaba, después del almuerzo, los domingos. Es que sus años de juventud, invadidos por el hambre, le daban al doctor el justo derecho de disfrutar de algunas delicias que, sin embargo, jamás se compararían con las del exquisito bolsillo de las familias pudientes del pueblo. En eso, Victorino siempre fue consecuente. Después de todo, el mejor sabor de las “cosas” las otorga el sacrificio.

Los domingos, gruñía y abucheaba viendo los partidos de Racing, llegando a sacudir la mesa redonda del comedor que por momentos giraba y giraba, fingiendo

tener vida propia. En sus exclamaciones, se retorció la celeste y blanca.

A veces, a media mañana, se daba una escapadita por “El bar de Don Gil” para buscar el diario de la época que sólo allí podía conseguirse. Don Gil, un republicano que huyó de la Guerra Civil Española, administraba el bar que contaba con popularidad debido a los estridentes escolasos que ponían en juego fortunas y haciendas del valle.

Contempla una flor, el tulipán, porque los seis pétalos que versan al sol suavizaban la ternura de Victorino, resguardada en el agitado trabajo de todos los días.

En las noches, cuando la luna pasaba inadvertida, se escuchaba el sonido constante de la máquina de escribir. Pasa horas escribiendo y registrando las estadísticas del hospital, entre notas, cartas y pedidos adicionales. Algunas noches, se hacía presente José Boriero, a quien Victorino había empleado como secretario para llevar en tiempo y forma las cuentas o balances del hospital. Don Boriero, sin título ni honores académicos, era tan preciso con los números que ningún escribano de la burocracia podía superarlo.

Para 1961 el hospital precisaba nuevas condiciones edilicias para adecuarse a los avances sanitarios y tecnológicos. Por este motivo, Victorino consiguió una nueva donación para edificar dos salas de internación destinadas a mujeres y niños, con 8 y 6 camas respectivamente. Puso en funcionamiento el Servicio de Clínica Médica con 24 camas y, además, incluyó

el Servicio de Pediatría con atención permanente a cargo del doctor David Chalub. Habilitó un moderno Servicio de Transfusiones, que fue el primer Banco de sangre del Valle de Uco. Los dadores superaron las 2.000 personas.

Se instalaron los Servicios de rayos X y Fisioterapia, y con los fondos del hospital dispuso de un Laboratorio de Análisis Clínicos que dirigió el doctor Rubén Pascuali, quien trabajó *ad honorem* durante dos años. Consiguió una nueva ampliación del hospital en mil metros cuadrados, destinada a la construcción de 4 salas de internación, quirófano, cocina, lavandería, depósito de máquinas, calefacción central, enfermería y sala de operaciones. Obtuvo un equipo energético de Ford Motor Argentina, solucionándose así el grave problema de los cortes de luz en la zona.

Al hospital no le faltaba nada. Y si algo faltaba, Victorino viajaba con su leal compañero Venerando Ríos y conseguía lo necesario, sin suplicar a los funcionarios de turno el motivo de sus demandas. Ingresaba y salía por la puerta principal del Ministerio de Salud o de la Casa de Gobierno con lo requerido. Y cuando se lo negaban arbitrariamente, llegaba con la ambulancia a los depósitos del Ministerio Social, cargado de cajones de tomate, pera o membrillos que la gente donaba para ser entregados a los encargados de acopio del área sanitaria, a cambio de suministros médicos. Eran tiempos en que había que hacer eso.

—*Pase doctor Tagarelli y elija, le decían.*

El trato con el personal médico o administrativo era implacable. Con los que cumplían, Victorino era una especie de señor redimiendo a sus soldados. En sus expresiones secas se evidenciaban las aprobaciones de un caballero que compartía sus batallas: “*Seguí así*”, les decía. Con los que no cumplían, no vacilaba desterrarlos de sus honores inmoralmemente atribuidos, según sus títulos universitarios o relaciones políticas pecaminosas. Fueron unos cuantos los que resultaron sumariados debido a inoperancias o desempeños arteros: “*Agarrá tus cosas y rajá del hospital*”, se le escuchaba decir, en esos casos, en los pasillos. Además, el personal del hospital debía estar muy atento, porque a veces don Victorino ingresaba por la puerta trasera del patio, tomando por sorpresa a más de uno que no cumplía adecuadamente con su función.

Todos los gobiernos, radicales, peronistas o de facto, jamás desafiaron su liderazgo y reconocimiento popular. Cualquier intento de remoción del doctor Tagarelli podría causar un estallido social u otro tipo de conflicto en el departamento, cuestión que más tarde tendrá su veredicto en la población de San Carlos. Al fin y al cabo, nadie rechazaba o ponía en duda su nombre. Su lugar transcendía banderías políticas, coyunturas históricas e, incluso, generaciones gubernamentales, tan asiduas a llevarse todo por delante, cuando alguna cuota de poder las acreditaba.

Hasta en las tramas más pequeñas podía percibirse el acogimiento del pueblo. Llegaba a casa de cualquiera

y no golpeaba la puerta. Siempre era bienvenido, aunque a veces confundía el domicilio del paciente que debía atender. Su suegra, Dolores, que hacía tiempo vivía en casa, tenía el antojo de alzar el teléfono cada vez que sonaba. En su ilusión, la vieja esperaba la llamada de algún familiar de España o, simplemente, era su pasatiempo preferido. Quién sabe. En varias ocasiones olvidaba el nombre de quien precisaba la atención de Victorino o inventaba algún seudónimo según su azorada imaginación. Entonces, le comunicaba a Victorino que lo había llamado tal persona por una urgencia cuando evidentemente se trataba de otro paciente en una dirección distinta. Sin golpear, Victorino entraba y buscaba al enfermo que no coincidía con las características que le había indicado su suegra.

—*¿Algún problema doctor?*, le preguntaban cuando entraba aceleradamente al domicilio equivocado.

—*¡Me cago en la mierda! Otra vez a la vieja le patinó un tornillo*, respondía, aunque nunca lamentándose o enfureciéndose.

Estimaba a su suegra, la cuidaba y atendía. Los domingos, Dolores ocupaba el trono de la mesa familiar.

Fue uno de esos domingos cuando el teléfono sonó, insistentemente, una y otra vez. Pero, ahora, no obedecía a ningún tipo de urgencia sanitaria. Un médico alemán-argentino, Enrique Werner Schlegel, visitaba San Carlos.

Las creencias sanitarias

Enrique Werner Schlegel estaba radicado en Buenos Aires. Desde muy joven, hizo una interesante trayectoria en el país, con aportes clínicos de relevancia internacional. Sin embargo, era un joven al que le gustaba pasar inadvertido. Era introvertido y, bajo su pronta calva, caía un rostro extraño, que no denotaba su edad ni la envergadura de su carrera en el ámbito de la medicina. Sus ojos eran singulares y, cuando fruncía el ceño, quizás pensativo, entonces ganaba cierto misterio que lo arraigaba a su stirpe alemana.

Quería cambiar. Schlegel, a los 29 años, vino a decirle a Victorino que quería vivir en el pueblo, ejercer la Medicina lejos de las frenéticas ciudades. Necesitaba, era evidente, salir de ese mundo desbordado de los rigores sanitarios asistencialistas sometidos a sociedades virulentas, en cuyas causas prima el dinero y no la vida. Schlegel bien sabía de ello. Y ya no lo quiso para su vida y la de su familia.

Victorino, por supuesto, inmediatamente lo recibió y lo ubicó. Fue en el Centro de Salud de Pareditas, distrito ubicado al sur del departamento, donde había creado allí un espacio de atención periférica y había, incluso, una pequeña casa oportuna para que Schlegel y su familia habitaran decentemente.

En pocos días, la población de Chilecito, Pareditas, Paso de las Carretas y Los Alamitos acudió al doctor Schlegel. Mujeres humildes, cubiertas de prendas amplias, llevando a sus niños arropados asistían a la sala de aquel desconocido, el flamante doctor pareditano.

Las atenciones clínicas eran gratuitas. Schlegel percibía su salario, razonable para la época. No prevalecía la idea de llenarse los bolsillos; la vocación trascendía esa excitación por la fortuna o la prosperidad individual, que hoy en día lucen muchos integrantes de las nuevas generaciones de médicos, que buscan el poder, el dinero y el glamour.

Lo cierto es que para algunos pobladores de la zona era un acontecimiento inaudito: que un médico, además de Victorino, velara por ellos les parecía raro, incomprensible y casi misterioso.

Un viernes por la mañana fueron a ver a Victorino.

—*Don Tagarelli, en el centro de salud que usted abrió hay una persona que dice ser médico, tiene el acento medio raro. Sospechamos que es un curandero.*

—*¿Cómo que curandero?*, interrumpió Victorino.

—*Sí. Atiende gratis y nos pregunta sobre nuestras familias, los desayunos que damos a nuestros hijos y las horas de trabajo que cumplimos con el patrón*, explicó don Castro.

—*Además, a veces nos visita para ver cómo andamos. Entra a las casas y empieza a explicarnos cómo tenemos que cuidarnos o nos habla de unos bichos que hay en las paredes de adobe*, siguió doña Sofía.

—*¡No sean huevones, qué curandero ni ocho cuartos! Esa persona es un excelente médico que ha venido a vivir al valle. Yo lo he incorporado para que atienda a la comunidad, para que ustedes no tengan que ir al hospital cada vez que tengan una gripe.*

Era la primera vez en el valle que alguien comenzaba a implementar un sistema descentralizado de salud, algo que, luego, terminó por imponerse en todo el país y en el mundo.

Ya de regreso y con certezas, los pobladores organizaron una cena de agasajo al doctor Schlegel. Contentos de tener su médico, lo abrazaban y algunos le decían: “*Y ese bicho raro del que habla usted, el que anda en las paredes, ¿puede sacarlo?*”. Hablaban, claro está, de las vinchucas. Schlegel se juntaba a veces con Victorino, evaluando las condiciones de la población o diseñando planes socio-sanitarios para el departamento. Era un gran médico y, además, frecuentaba el arte de pintar, leía y escuchaba sobre los mitos y leyendas que alimentaban las creencias y tradiciones del pueblo.

—*Cuando la gente creía que yo era un curandero, me puse a investigar*, le dijo una vez a Victorino.

En aquellos años, convivían las legendarias creencias sanitarias con las nuevas estructuras científicas de la medicina moderna. Generalmente, los partos se practicaban en las propias casas con la presencia de la “*comadre*” o, tal vez, con alguna vecina iniciada en la magia de la medicina nativa, que aún era costumbre en zonas rurales cercanas a la cordillera. Allí, los puesteros

acudían a las curanderas durante las veranadas en caso de que algún niño o anciano comenzara lanzar sudor con fiebres incontenibles que podían indicar el disgusto de algún brujo o el castigo del mismísimo diablo al vulnerar sus ritos terrenales que moran en los ríos, sombras o animales silvestres.

Aunque Victorino comprendía esas prácticas, fue notable su persistencia para que la gente del pueblo y de zonas rurales aledañas asistiera a la Sala de Primeros Auxilios.

—*Los vecinos me han hablado de la remediera del campo, explicó Schlegel. Era una mujer vestida de gaucho, que llegaba sola en caballo a los puestos. De sangre pehuenche, curaba con infusión de yuyos y se quedaba días en los puestos para esperar la recuperación del enfermo. Su hija siguió sus pasos. Estoy tratando de ubicarla.*

—*Está bien, pero a mí me parece que además de encontrarla, si eso querés, podrías acercar insumos y remedios del hospital a esa gente,* le sugirió Victorino.

—*Victorio, por supuesto, pero, mirá: a los puesteros el latifundio los expulsa, pero la querencia que tienen por sus campos los mantiene allí, a como dé lugar. Por eso, en las ´veranadas´ de diciembre cuando arrear sus ganados a la cordillera hacen viajes que duran hasta 10 días, y cuando llegan las ´invernadas´, en abril, ellos regresan con el frío. Más de uno enferma, y ahí no hay médicos ni hospitales. Las remedieras son sus médicos por naturaleza.*

—*Sí, claro, es así, igualmente, démosles una manito,* se defendió Victorino.

En ese tiempo las prácticas medicinales antiguas coexistían, acorde o conflictivamente, con los avances de la ciencia, la tecnología clínica y los nuevos productos farmacéuticos. Era un tiempo cuyos rumbos precisaban de hombres y mujeres capaces de entender y dirigir las necesidades de los pueblos en sus diversas dimensiones históricas.

Enrique Werner Schlegel rápidamente se había involucrado con las problemáticas de la región. Y Victorino, así, encontró un interlocutor más que válido para pensar y repensar la cultura sanitaria del valle y sus modos de afianzarla.

—*Victorino, supe que había un pueblo habitado por mineros. Creo que está cerca del río Diamante, llegando a Malargüe, por la vieja Ruta 40. Ese pueblo tenía una mina de azufre. Allí el viento sopla día y noche. Tan fuertes son sus ráfagas que hasta se escucha la voz del Diablo condenando a los obreros. Esto me lo contaron los viejos del pueblo...*

—*¿Y ellos creen eso?*, preguntó Victorino.

—*Claro. Y además dicen que el Diablo aparece vestido de gala, como caballero, como patrón.*

—*Bueno, también están las brujas del Paso de las Carretas... ¿No vas a creer eso vos?*, volvió a interrumpir Victorino.

—*Esas brujas, la verdad, me dan cagazo* —apuntó Schlegel, aunque riendo—. *Algunos caminan hasta la Cruz Negra, pasando Tunuyán, por la ruta, a prender velas a sus santos. Es una historia interesante. Dicen que por*

1864, Don Eugenio Bustos envió a uno de sus hombres, Raymundo Palleres, a cobrar un dinero que le debían en Chile. De regreso, con la plata encima, presintió una emboscada. Entonces el viejo Raymundo puso el dinero en las mulas y las guasqueó para que fueran directo hasta la estancia de Don Eugenio. De pronto, se encontró con un grupo de cuatreros chilenos, quienes le dieron muerte, pero las mulas, siguiendo rutas propias, retornaron con el dinero. Eugenio Bustos, al ver las mulas sin su jinete, ordenó que lo buscaran y, bueno, pues, lo hallaron muerto. Como homenaje, clavaron una Cruz Negra.

—¿Y eso que tiene que ver con las brujas o con que vos sos curandero?, apuntó Victorino, como queriendo saber algo más, disimulado en su tono sarcástico.

—Algunos creen que, desde que murió el encomendero de Eugenio Bustos, su espíritu cuida a los viajeros para que lleguen a destino, para que ninguna desgracia vehicular suceda. La gente que visita la Cruz Negra deja bicicletas, chapas patentes de autos, juguetes, cigarrillos sin fumar.

—Mierda, che, te has puesto a investigar de verdad... Bueno, me voy, tengo gente que atender.

—Esperá, esperá: una última. ¿Viste que el viento Zonda produce muchas veces destrozos, además de causar problemas médicos, sobre todo a la gente que sufre asma o alergias? Resulta que, entre los huarpes, hace muchos años, había un joven indio llamado Gilanco, que sobresalía entre todos sus compañeros por sus habilidades en la caza con el arco y la flecha. Su defecto era su petulancia, que lo empujaba a cazar animales

en demasía. Un día, mientras el joven descansaba, se le apareció la Pachamama envuelta en un fuerte viento, enojada. Allí le previno que si seguía matando tantos guanacos por diversión, pronto desaparecerían de la faz de la tierra y ya no habría más pieles ni carne para nadie. Y lo amenazó con un castigo. Gilanco no tomó en cuenta sus palabras y, además de guanacos, comenzó a cazar liebres, vizcachas y otros animales. Por haber desobedecido su consejo, condenó a Gilanco y a su pueblo a sufrir los embates de un viento rastrero y caliente como el infierno, que los ahogaba, incendiando los campos, quemando las chacras, matando a los viejos y enloqueciendo a los jóvenes. Desde entonces, el Zonda aparece y hasta que el hombre no deje de saquear el agua, cazar animales sin razón o talar árboles para vender muebles de lujos, dicen que el viento vendrá con tanta furia que no dejará rastros de vida humana en estas tierras.

Victorino se fue. De camino al hospital pensaba en esas leyendas e historias. No las creía plenamente, pero respetaba aquellos mitos. Eran y son parte de la cultura del Valle de Uco.

Enrique Werner Schlegel tiene hoy 81 años. Pinta al óleo; algunos cuadros que se han distribuido y donado en toda la provincia tienen su firma de artista y médico popular. Aún ejerce la medicina, en Chilecito. Conserva todavía ese acento español algo desordenado; su ascendencia alemana perdura en sus largos años de trenes antiguos de la vieja Europa y los avances del siglo, que en Sudamérica y el mundo engañan la historia.

Victorino Tagarelli estaría orgulloso, del arte, de la medicina y de la vida de Schleger, tras décadas dando lo mejor de sí para su comunidad. Aquella relación de colegas se fusionó, además, con cierto sentido de la trascendencia que ambos médicos ganaron en el valle.

Victorino, incluso, décadas más tarde, persiste hasta en mitos populares, que él miraba con soslayo. El Sanador del Valle, Victorino Tagarelli, es un cuadro en óleo viviente. El pueblo de San Carlos ha ido construyendo a su manera la historia de su vida. Los viejos (y no tan viejos) guardan la nostalgia de verlo en su sillón de la galería exterior, leyendo el periódico o charlando con algún paciente o con algún vecino. Dicen en el pueblo que esa casa siempre va a ser la casa del doctor Tagarelli: es como un óleo del siglo XX. Es el hogar del médico que trajo al mundo y cuidó de los sancarlinos por más de 5 décadas y atendió a 4 generaciones en el pueblo. Esa casa y el hospital aún atesoran la presencia de don Victorino.

Al igual que Victorino, Enrique Werner Schlegel jamás dejó el valle de sus amores.

Cuentan viejos pobladores que nunca se habían sentido tan seguros, como en aquellos años hermosos del valle: "*Victorino estaba siempre, a cualquier hora, incondicionalmente, igual que el doctor Schlegel*". La gente tenía seguridad que había dos médicos a su disposición. Ellos sabían que estaban en buenas manos. Y todavía están en las buenas manos de Schlegel.

La medicina social

En el pueblo, todos recuerdan los ómnibus de la empresa de transporte público T.A.C., una compañía mendocina que, al igual que la empresa E.C.L.A, fueron devoradas por las grandes firmas monopólicas y los negocios de la gerencia transportista.

En los años ´60, Raúl Brahim (chofer de la empresa T.A.C), conducía el servicio colegial que trasladaba a los niños de escuelas rurales desde Tunuyán, Capiz y La Consulta. Él tenía a su esposa internada en el hospital, pues estaba por dar a luz a su primer hijo. Victorino era muy afectuoso con el hombre, ya que siempre en sus recorridos dejaba en la puerta del hospital a las enfermeras que se trasladaban en colectivo desde Tunuyán o La Consulta. Además, siempre viajaba una enfermera desde La Consulta, quien solía llevar su bicicleta para regresar en las noches cuando ya el transporte público no pasaba por allí.

Raúl, se tomaba el tiempo de ayudarla a cargar la bicicleta en el autobús. Eran tiempos donde la gente guardaba un especial cariño por las enfermeras y trabajadores sanitarios. Cuando Raúl pasaba por el hospital con el servicio de pasajeros, el doctor Tagarelli lo dejaba ingresar a la sala de Maternidad sin previo aviso para que viera a su esposa, Mary Peña. Victorino atendió sus dos partos, los que trajeron a Yamil y Marianela al mundo.

El hospital crecía de manera formidable. En abril de 1970 se inauguraron nuevas obras de ampliación. Aquella Sala de Primeros Auxilios se transformó pronto en un complejo de salud y bienestar social para la comunidad, un motor de educación para la sociedad sancarlina que, por si fuera poco, participaba activamente junto al doctor Tagarelli en las actividades sanitarias y públicas del departamento.

Despertó la atención en muchos profesionales de salud de toda la provincia, quienes se ofrecieron a trabajar allí o dictar cursos de distintas especialidades (Salud preventiva, Educación sanitaria, Planificación familiar, Atención y cuidado de prematuros, Vacunación, capacitaciones obstétricas, ginecológicas y pediátricas). Estas capacitaciones y servicios fueron innovadores



para Mendoza, un suceso que borraría las fronteras de la medicina con los pueblos rurales del departamento.

A esa altura, concurrían pacientes de distintas localidades de la provincia. La causa, además de la ampliación de servicios, era lo que por todos lados se popularizaba: *“Hay un tal doctor Victorino Tagarelli”*.

En 1970, las camas del hospital se incrementaron a 42. El personal adscripto se amplió, llegando a disponer de 26 profesionales y no profesionales de la salud; y para 1972 se incluyeron nuevos consultorios externos. El hospital superó el 80% de su capacidad de internación, mientras que el personal aumentó a 75 personas (entre profesionales y administrativos), los cuales apelaban a la necesidad de fundar un sistema sanitario sobre la base de criterios sociales, solidarios, alejados de manejos burocráticos y negligentes que tanto enfadaban a Victorino.

Los resultados estaban a la vista. Ese año, mientras en otros hospitales de la provincia y el país los indicadores clínicos eran penosos, en los consultorios externos del hospital de Eugenio Bustos se atendieron 14.147 pacientes (8.376 adultos, 3.819 niños y 1.952 en guardia); el Consultorio Odontológico atendió 1.417 extracciones y 136 curaciones; el Laboratorio efectuó 9.619 análisis generales de rutina; el Consultorio de inyectable y curaciones realizó 7.070 inyecciones, y en el año se lograron 795 curaciones, 85 cirugías menores, vacunación de 3.500 personas y control tuberculínico a 590 personas; en Hemoterapia se efectuaron 203

San Carlos

Activo desarrollo del Plan de Atención Primaria de la Salud

SAN CARLOS (C).— Activamente continúa desarrollándose el Plan de la Atención Primaria de la Salud que cubre, con 13 agencias sanitarias, todos los puntos de la extensión correspondiente al dilatado departamento de San Carlos, el que se halla bajo la responsabilidad del director del hospital Eugenio Bustos, doctor Victorino Tagarelli, como director del programa y al doctor Aníbal Pellegrino como supervisor médico del mismo. Este programa está instrumentado por la doctora Estela López de Doti desde el Ministerio de Bienestar Social, a quien fueron remitidas las evaluaciones logradas por la aplicación de las medidas, considerándose altamente positivos los resultados obtenidos.

COBERTURA POBLACIONAL

El programa cubre 11.571 kilómetros en zona rural y suburbana, registrándose aproximadamente 2.329 viviendas y sobre un total de 23.000 habitantes del departamento, se cubren las necesidades de 10.000 habitantes aproximadamente.

Se tiene previsto un amplio programa de desparasitación para cual faltan aún algunos medios. También los agentes cumplen funciones de enfermería en los establecimientos del departamento durante 3 horas por día, lo cual va mejorando la capacitación programática de los mismos, siendo sometidos también a una evaluación escrita para comprobar su capacitación, haciéndolos participar en cursos dictados por profesionales del Ministerio.



El director del Programa de Atención Primaria de la Salud en San Carlos, doctor Victorino Pagarelli, junto a sus colaboradores.

gramas para evaluar los trabajos.

Han sido puntualizadas algunas necesidades para dar mayor perfectibilidad al programa tales como mochila con elementos de primeros auxilios, movilidad o viático para facilitar el desplazamiento de los agentes, ropa adecuada a la zona y otras necesidades menores que seguramente serán contempladas.

transfusiones; el Servicio de Rayos realizó 1.700 radiografías y radioscopias; en Fisioterapia se realizaron 250 aplicaciones de ondas cortas, ultravioletas, hornos e infrarrojos; en los Servicios de Internación se efectuaron 1.821 internaciones con un coeficiente de ocupación del 71% aproximadamente, vale decir 30 camas ocupadas permanentemente, se atendieron 391 partos; la tasa de mortalidad en el primer trimestre fue del 0.9%, una de las más bajas de la provincia.

En una carta del año 1973, dirigida al director provincial de Medicina Asistencial, doctor Armando J. Cabranza, el doctor Tagarelli sostenía: *“Procurando que el hospital a mi cargo sea un centro perfectamente integrado a las necesidades de la comunidad, constituyendo no sólo una institución eficiente para la atención curativa, sino*



Habla el intendente municipal, señor Trinitario Gracia.

Las primeras jornadas de capacitación obstétrica

orientada a la prevención de enfermedades y fomentar la salud de la población (...), es que se hace necesario contar con medicamentos dispuestos en un servicio farmacéutico que serían entregados sin cargo a los pacientes”.

De modo elocuente, se observa su visión de la medicina preventiva al servicio del pueblo. En la misma carta afirmaba: *“Hay que tratar de solucionar el problema de los enfermos crónicos y los geriátricos del departamento, que ocupan durante largas temporadas las camas destinadas a enfermos agudos. Este problema viene de larga data (con distintas promesas de solución). Es penosa la situación de viejitos sin familiares y desamparados. La solución inmediata sería la construcción de dos salas con sus sanitarios en un terreno que quedó sin uso contiguo al hospital”.*

La formulación de un sistema preventivo estuvo en sus diseños sanitarios del departamento. Él decía: *“Hay que organizar por medio de los servicios sociales los exámenes periódicos, creando conciencia a la comunidad que a los hospitales no sólo se debe concurrir cuando se está enfermo. Debemos contar con asistentes y auxiliares sociales, ya que tenemos en el departamento embarazadas, lactantes y enfermos de venéreas que no vuelven en las fechas indicadas y quedan sin tratamiento o control. Es allí donde se requieren asistentes para visitarlos y entrevistarlos”*.

Victorino entendía que los hospitales y centros periféricos de atención no se organizan en base a conocimientos estrictamente técnicos, sino principalmente a partir del conocimiento de las problemáticas sociales que atraviesan la salud de una población. Además, después de haber organizado una red de servicios externos en las zonas rurales conseguía una solución integral para la asistencia y prevención sanitaria.

El complejo proceso de la salud–enfermedad tiene un fundamento: la dimensión social en que se desarrollan los eventos sanitarios. Esa dimensión, atravesada por factores que habitualmente se conocen como determinantes de la salud, era la que Victorino presagiaba como un espacio clave para una correcta práctica médica. Sin saberlo, se anticipaba a los descubrimientos en la medicina de la segunda mitad del siglo XX. No fue el único, pero en la provincia y el país –sin duda– fue uno de los pocos que incursionaron en esta corriente de la

medicina social. En definitiva, el terreno de la salud debía basarse en la atención primaria, organizada mediante procesos de promoción, prevención y asistencia social, comprometiendo la participación de todos los estratos sociales; “de todos”, insistía una y otra vez.

Evidentemente, el pensamiento predominante en el mundo –desde el Renacimiento– se basó en entender la enfermedad como resultado de la infiltración de partículas extrañas al cuerpo del individuo; agentes externos al organismo humano que violentan contra la naturaleza del hombre. Es la noción biologicista, ajena al entendimiento de una sociedad que presenta dinámicas y formas culturales diversas.

Resulta que en nuestros días, por ejemplo, alrededor del 75% de las muertes ocurren sin que la acción médica pueda alcanzar la eficiencia que obtuvo en el terreno de las enfermedades infecciosas. Y en ese 75% –que incluye las enfermedades del aparato circulatorio, el cáncer y las muertes violentas (accidentes, homicidios y suicidios)–, el arsenal teórico del biologismo no es suficiente para elaborar una respuesta contundente a los episodios sanitarios.

Si, por ejemplo, los patrones de consumo alimentarios fueran adecuados, la expectativa de vida crecería, como crecerían también los estados saludables del individuo si se alcanzaran conductas preventivas y no meramente asistencialistas.

—*Hay que cenar frutas*, decía Victorino a sus nietos, en casa, por las noches.

Definitivamente, la Física y la Biología no son suficientes para dar explicación al acontecer humano. El problema de la enfermedad es un problema social, inscrito en lo biológico. Un diagnóstico preciso y un tratamiento eficaz no pueden ser los objetos únicos de una ciencia que procura atender al hombre en su integridad. La salud es, al fin y al cabo, un proceso variable de equilibrio entre el organismo humano y su ambiente, su historia, su cultura, los entornos comunitarios.

Era difícil para Victorino llevar a la práctica estas premisas. Hizo falta que en el año 1974 el Informe de Lalonde, producido en Canadá, ofreciera institucionalmente las herramientas de cambio para el trabajo en salud pública, que el sancarlino ya venía aplicando.

Este Informe contribuyó positivamente –desde entonces– al pensamiento sanitarista, conceptualizando el campo de la salud en cuatro componentes: biología humana, medio ambiente, estilo de vida y organización de la atención sanitaria. Estos componentes se identificaron mediante el examen de las causas y los factores básicos de la morbilidad y mortalidad y, asimismo, como resultado del análisis del modo en que cada elemento afecta el grado de salud de una población.

Todos recuerdan en el pueblo cuando Victorino llegaba a la casa de algún paciente. Desde la vereda o divisando a lo lejos a sus pacientes sin ser examinados minuciosamente, arrojaba algún diagnóstico: “*Este tiene una indigestión de la San Puta*”, decía. Y acertaba.

Es que, infaliblemente, conocía a las familias, sus estilos de vida y los entornos socio-ambientales que determinaban sus hábitos sanitarios y, por lo mismo, los posibles vectores de enfermedad.

Como todos recuerdan, el doctor visitaba a la gente en sus casas cuando no podían llegar al hospital. Llegaba con su maletín negro y el estetoscopio colgado al cuello. Saludaba y, como de costumbre, charlaba bastante después de atender a sus pacientes.

Una vez, un enfermero había colocado una vacuna a una niña de 12 años que al parecer no fue bien administrada, porque la niña comenzó a presentar una especie de sarpullido hiriente en sus piernas. Sus padres, entonces, la llevaron al hospital y allí fue atendida por Victorino. Al advertir que la vacuna no había sido colocada correctamente, daba golpes en el suelo con sus pies, pronunciando improperios. Quería saber quién era el enfermero que había colocado esa vacuna para instruirlo o, tal vez, irritarse aún más.

—*Tengo que hablar con el enfermero para indicarle cómo se debe colocar la aguja... ¡Pedazo de boludo!*

En otra ocasión, cuenta Armando Castillo, una taza hirviendo de mate cocido cayó en el rostro de su hija, cuando tenía 3 años. El doctor Tagarelli estaba en Chilecito, por lo que ya en el hospital las enfermeras la cubrieron con un vendaje. Cuando llegó Victorino, pidió una bacha con agua y jabón. Entonces, sacó el vendaje, tomó las gasas y la limpió. A la niña había que sostenerla con fuerza porque su dolor era insoportable. Con

una pinza, pausadamente, fue extrayendo toda la piel quemada y con una revista le expelía aire para secarla y colocar el desinfectante de piel. Actualmente, su hija no tiene una sola marca de quemadura. Y hasta el día de hoy, todas las familias de San Carlos recuerdan sus consejos para evitar accidentes o llevar adelante una mejor calidad de vida.

Definitivamente, el cuidado de la salud personal y colectiva es un tema crucial. Son pocos los países en el mundo que aplican sistemas de salud bajo principios de equidad y prevención. Y mucho menos, son pocas las sociedades que asumen conductas preventivas. No basta poseer una cobertura universal de servicios, porque si no están distribuidos según las necesidades sociales o en función de enfoques preventivos, seguramente toda propuesta sanitaria tendrá limitaciones.

En la medida que una persona o comunidad no asuma conscientemente que el cuidado de la salud es también un asunto vinculado a sus conductas, entonces las representaciones individuales de la salud serán sólo una mera tarea asistencialista del Estado e instituciones privadas, las cuales aparecerán como responsables exclusivas de la salud en la población.

¿Acaso la prevención de enfermedades concierne únicamente a la función del sistema sanitario? ¿Cuáles son las conductas culturales que definen la salud de una sociedad o persona? ¿Existe una conciencia personal sobre el cuidado de la salud? ¿Se adoptan conocimientos y hábitos saludables por parte de una sociedad? ¿Qué tan

importante es atender la salud para construir un estilo de vida que recupere una naturaleza humana ultrajada por los patrones de consumo y las rutinas autodestructivas del mundo occidental?

Un roble

Tiene la mirada fija. Está mirando a su hijo, Daniel. Su otro hijo, Víctor, ya está en casa.

Tiene la mirada atónita, afligida. Hace una hora que no dice una palabra. Ni una sola palabra sale de aquel hombre cuya fortaleza reside en sus años de batallas. Su silencio intenta ocultar toda su congoja. Su tristeza se manifiesta enteramente en su mirada. No sabe mentir con los ojos. Pareciera que, en cualquier momento, su fuerte personalidad va a desvanecerse, pero no ocurre.

Emilia pregunta a Daniel si se encuentra bien, cómo lo tratan, qué sucede detrás de esos muros, esos barrotes, esas celdas. Victorino está devastado por su hijo encarcelado. Sólo sus abrazos o sus manos acariciándolo pueden reemplazar las palabras que no terminan nunca de salir de esa voz grave y seria que lo distingue.

Voltea y observa a los militares que los vigilan con carabinas y borcigués oscuros, en aquel penal de La Plata. Siente un desprecio profundo hacia esos escuadrones de la muerte. La hora de visita transcurre, pero para él es solo segundos, se esfuma, y debe tolerar que a su hijo lo devuelvan a un calabozo.

La tiránica Dictadura Militar ha prevalecido por sobre sus esperanzas de un mundo mejor. Aquel mundo por el que ha entregado su vida, al igual que sus hijos.

Su mirada está tan fija que cualquiera podía notar la contemplación de un padre que no quiere dejar a su hijo. Sabía que podía ser la última vez que lo viera.

No podía hablar, quizás, porque ni bien hablara su voz se quebraría y sus lágrimas revelarían el dolor que los hombres de su tipo no suelen dejar salir bajo ninguna circunstancia.

Daniel llevaba detenido dos años. Los militares y civiles de la Argentina poderosa habían alzado las banderas del terrorismo de Estado, la desaparición de personas, la muerte y el pánico psicológico sobre la población. La década del '70 vaticinaba una nueva tragedia en América Latina. Una tragedia que recaía, incluso, sobre los sectores más renuentes a los cambios políticos que acaecían en el mundo. El terror de Estado fue un terror sobre la población; consciente o inconscientemente, todos anidaban en un espacio sistemático de amenaza, miedo y muerte.

El 20 de noviembre del año 1975, grupos de tareas de las fuerzas de Seguridad y civiles armados ingresaron violentamente a la casa que Tito y Daniel habitaban en el barrio Bombal, de la Ciudad de Mendoza, cuando ambos eran jóvenes estudiantes universitarios.

Fusiles en mano, golpearon a ambos durante horas, para luego secuestrarlos. Los hijos de Victorino participaban en diversas organizaciones políticas de la universidad; militantes políticos que, al calor de aquel contexto mundial en los años '70, se habían comprometido para un cambio de rumbo en la región.

Eran años de mucha efervescencia política: el *Mendoza*, el *Cordobazo* y otras revueltas populares del país se hermanaban con la Revolución Cubana, la etapa democrática abierta en Chile con Allende o las luchas sociales en Nicaragua y Guatemala. Un contexto que daba esperanzas a una sociedad hastiada de políticas antinacionales que, año a año, arrastraban a las mayorías a la pobreza o la miseria.

Los hijos de Victorino estuvieron desaparecidos durante meses. Pasó mucho tiempo hasta que la familia tuvo noticias de los dos hijos. Daniel había pasado unos meses en el Centro Clandestino de Detención D2, en Belgrano y Peltier de la Ciudad de Mendoza, a metros de donde era su hogar de estudiante. Sufrió torturas de los militares y también de la Policía de Mendoza, junto a sus compañeros de celda. Luego fue trasladado a la Penitenciaría de Mendoza y, posteriormente, a la U9 de La Plata.

Sin embargo, en medio de tanto dolor, Victorino se mostraba como un roble. Por aquellos años, no lo vieron jamás rendirse, suspirar amargamente o ceder ante los verdugos. Así era Victorino, un *roble*. Sin embargo, el amor que parió, sus hijos; y el amor por su esposa, abrumaron inesperadamente su altivez.

El día de la visita, Victorino tenía la mirada fija. Tan fija era su mirada que cualquiera pudiese advertir el preludio de un llanto. Entonces Daniel preguntó:

—¿Estás bien, viejo?

—Sí.

—*Papá* —le dijo Daniel—, *yo estoy bien. Estoy como están miles. Ni esta costilla rota que tengo por los palos de los milicos, ni los simulacros de fusilamiento que estos hijos de puta ensayan, me van a doblegar. Y espero que a vos tampoco.*

Cuando visitaba a sus hijos en la prisión que la Dictadura Militar había levantado para los detenidos políticos, llevaba comida para otros presos que no contaban con dinero para alimentarse o comprar cigarros. Tenía un corazón enorme. Tal vez, aquellas vivencias le recordaban cuando una vez en La Consulta fue a atender de urgencia a un preso en la comisaría del pueblo. El comisario tenía la costumbre de golpear a los procesados, gozando de los encantos del poder que la dictadura le había otorgado arbitrariamente. Aunque, sin duda, aún en democracia, estas prácticas sombrías siguen consumiéndose ante la vista gorda de gobiernos y medios de comunicación.

—*Vos sos un cabrón*, le dijo Victorino en tono fuerte.

—*¿Qué dijiste Tagarelli?*, preguntó, provocado, el Comisario.

—*Tendría que darte vergüenza, tenés las manos manchadas. Algún día vas a estar detrás de esas rejas y ojalá te vean suplicando para que no te caigan encima*, resaltó Victorino en voz alta, ante la sorpresa del carcelero.

Su hijo Víctor, el *Tito*, salió en libertad en marzo del año 1976, a días del Golpe de Estado del 24 de marzo. En 1977, logró la libertad Daniel. Una semana antes había

salido su novia, Silvia, que estuvo presa en Mendoza y en Devoto. Al salir de la prisión de La Plata, Victorino y Emilia esperaban a Daniel en la vereda de enfrente, cruzando la calle, pues algunos militares hacían caminar por toda la cuadra a los detenidos antes de reencontrarse con sus familiares, apuntándolo con fusiles mientras Victorino y Emilia presenciaban con ahogo semejante acto de inmoralidad.

Victorino lo abrazó. Tan fuerte fue ese abrazo que sus ojos no pudieron ocultar el llanto que, finalmente, salía de su pecho. Era extraño ver a Victorino envuelto en lágrimas. Era como hallarse frente a un ser anónimo que había ocupado por instantes su cuerpo, su alma.

Sólo dos veces se lo vio llorar: cuando enfermó Emilia, en 1997, y cuando su hijo salió en libertad.

Por suerte, Víctor y Daniel estaban con vida, aunque muchos de sus compañeros fueron asesinados o confinados a un encierro cruel e injusto. La historia de la Argentina de esos años ha sido así: marcada por las atrocidades de todo tipo cometidas por militares, policías y civiles en nombre del Estado.

Un cuarto de siglo

En el año 1979 el doctor Tagarelli cumplió 25 años ininterrumpidos al frente del hospital. Para ese año, el hospital ya recibía a 2.400 pacientes por mes y, en 25 años, se atendieron 15.000 partos.

Con motivo de esta conmemoración fue homenajeado por la comunidad, referentes de la Unión Vecinal de Eugenio Bustos y entidades de la sociedad civil. El evento fue multitudinario. Una placa recordatoria fue descubierta por su amigo, el párroco Ambrosio Bonfanti.

Sin embargo, eran años difíciles. El déficit sanitario del país y la provincia motivó categóricos reclamos de Victorino. Precisamente, un 24 de marzo del año 1977, decía: *“La dirección del hospital de Eugenio Bustos, año a año, viene planteando soluciones para el problema geriátrico de todo el Valle de Uco. Los pobres ancianos que deambulan por el departamento, sin familia ni amparo de ninguna clase y sin que nadie les ayude con sus necesidades, deben tener al menos un lugar donde acudir”*.

Y agregaba, en plena Dictadura Militar: *“Es el Estado quien debe preocuparse de que esta gente que ha llegado al final del camino, en el cual fue dejando energía, salud y bienestar, tenga un lugar decoroso y esté protegida para llegar a una muerte digna, como merecemos todos los humanos. En el departamento de San Carlos hay un alto*

porcentaje de ancianos sin recursos, por eso la dirección no es ajena a tales problemas asistenciales”.

Los terrenos que actualmente ocupan la escuela Bernardo Quiroga estaban abandonados en aquel entonces. Doña Celia los había donado al Ministerio de Desarrollo Social de Mendoza, con la condición que allí se edificara un Hospital de Ancianos que Victorino tenía previsto fundar. Con el compromiso de que la futura escuela se trasladaría a otro terreno frente a la plaza de Eugenio Bustos (también propiedad de doña Celia), Victorino llevaba adelante un proyecto que, sin duda, sería innovador para el departamento y la provincia.

A pesar de sus intenciones, las nuevas políticas sanitarias del gobierno provincial y nacional truncaron ese plan. Por otro lado, fueron negados recursos al hospital, lo cual paralizó la ampliación de los servicios en cardiología, oftalmología, geriatría, tan anhelados por Victorino. Lo que, por lo mismo, determinaría la necesidad de derivar pacientes al entonces Hospital Emilio Civit y al Hospital Central, sobrecargando al mismo tiempo a esos nosocomios de mayor complejidad, cuando bien pudiesen resolverse las demandas de la población en el hospital de Eugenio Bustos o los centros de salud periféricos fundados por Victorino.

El personal del hospital fue arbitrariamente disminuido. Durante la dictadura, el deterioro en materia de salud en el país fue evidente y el hospital de Eugenio Bustos no estuvo exento de ello. Los rayos X dejaron de funcionar. El problema cloacal en el departamento

se agravó. No se recibían obras sociales por orden del gobierno. Se dejó de utilizar la Sala de Cirugía, a lo que se sumaba la falta de profesionales que optaron, con agrado, prestar servicios en clínicas privadas, presagizando la era de privatizaciones y la nueva cultura mercantil que muchos servidores públicos acogerán.

Victorino prosiguió con su visión sanitaria, a pesar de todo. Su concepción de la salud no iba a ser aliterada a cambio de dinero.

—*Don Tagarelli, usted tendría que consagrarse a la salud privada, no a las demandas públicas de la zona,* le aconsejó, alguna vez, un colega que se inclinó hacia lo privado y, a la vez, seguía cumpliendo funciones en el Estado.

—*¿Qué?*

—*Piense: si usted ingresara al negocio privado de la salud podría disponer de lo que quiera.*

—*Ni en pedo. Ya tengo lo que quiero.*

Así, era Victorino Tagarelli, el Sanador del Valle.

En una carta, advertía: *“Si bien existen problemas presupuestarios que deben resolverse, también es verdad que, ante esta irregularidad, que el Estado no acuerda resolver, el pueblo de San Carlos está dispuesto a colaborar, como lo hizo tantas veces como se le pidió. Pero, claro está, debe haber una razón para alentar esa posibilidad, y dicha razón estaría en el enfoque del Estado respecto a ese problema y las soluciones que paralelamente ofrezca”*.

Y decía: *“Hacer una obra de salud social de esta naturaleza es gobernar para el año 2000”*. Una pena que



sus palabras no fueran atendidas. La historia, quizás, hubiese sido otra.

No era, sin embargo, este tipo de dificultades las que anticiparían la jubilación de don Victorio, tras 25 años al frente del hospital. Su cuero se había endurecido hacía muchos años y bajo ninguna circunstancia un contexto políticamente hostil desmoronaría su gestión, pero, quizás, necesitara un descanso. Tal vez precisaba de una pausa en su ajetreada vida dedicada a la salud de su pueblo. Puede que las nuevas políticas sanitarias neoliberales hubieren contribuido aún más a pensar en ello. O, acaso, necesitaba de un tiempo calmo y merecido, junto a su familia. Apartarse por un instante de las agitadas jornadas laborales tenía su fundamento. Al fin y al cabo, todos somos mortales en este mundo que, a veces, exige descansos sin linaje alguno.



El señor Blas Beleda entrega un pergamino recordatorio al doctor Victorino Tagarelli

En acto solidario, agasajan al doctor Tagarelli

ASÍ, en el año 1979, el doctor Victorino Tagarelli se jubiló.

Sin embargo, fiel a su estilo, siguió atendiendo al pueblo de San Carlos en su consultorio o visitando ranchos y caseríos de los sectores más desprotegidos. Jamás dejó su oficio, nunca.

Los días domingos, el asado era un clásico en la familia. No obstante, claro, no faltaban ocasiones en que el timbre o el teléfono provocaran su temporal ausencia. Desde temprano, preparaba el chimichurri: ajo, perejil, limón y pimienta. Aunque a veces con sal gruesa y orégano despuntaba las costillas y chinchulines, exquisitos.

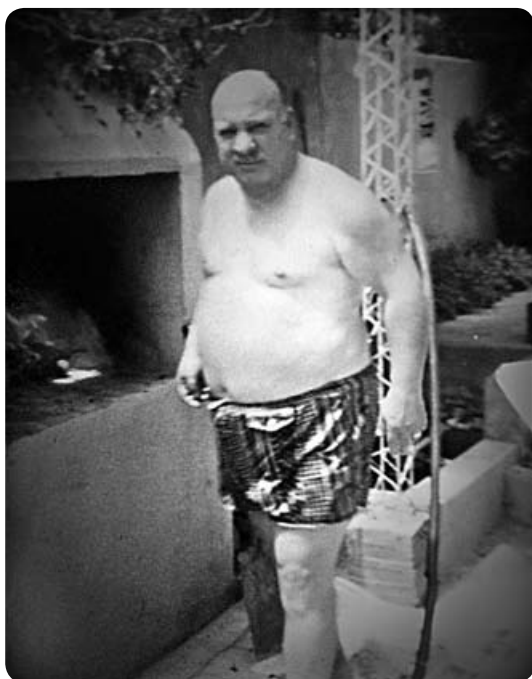
Si en el curso del asado concurría algún paciente, alejaba las brasas de la parrilla y atendía la urgencia en su consultorio. Volvía al rato y se concentraba nuevamente en el asado. Nadie debía apresurarlo. Nadie podía

objetar su tardanza. Cuando lo servía, dejaba para el final el mejor corte.

—*Bueno, bueno, ahora se viene la entrañita.*

Con el brote de los parrales que le hacían de escarbadientes para expulsar los restos de carne se reclinaba en la silla y, frotando su barriga, soltaba: “*¡Qué triste estoy! ¡Qué triste estoy!*”. Así de feliz estaba, cuando disfrutaba a su familia.

Inmediatamente, todos, adultos, nueras, nietos, hacían fila para el postre. Victorino era incondicional del helado de chocolate con crema rusa. El vino lo tomaba con soda, para después derribarse en la cama, cuando, a



eso de las 15, se extendía la siesta en San Carlos; aquellas siestas que cobijaban en su casa a toda la familia.

Por la tarde, a veces iba a la cancha a ver a su equipo, Eugenio Bustos, o de lo contrario, se quedaba en casa pegado a la radio o la televisión, esperando los partidos insufribles de Racing Club. A veces, si había boxeo internacional, miraba en silencio esos combates que, a diferencia del fútbol, lo serenaban, absorbiendo su concentración, como si estuviese estudiando cada movimiento de los contendientes para pronosticar posibles resultados.



Le gustaba el boxeo y, además, había un boxeador que admiraba: Hugo Pastor Corro, campeón mundial de peso mediano, y sancarlino, por supuesto.

El propio Victorino lo trajo al mundo un febrero de 1953. Corro, obtuvo su título en abril de 1978 en Italia y, cuando llegó a Mendoza, el campeón quiso visitar el

hospital Eugenio Bustos y también a su médico. Corro se detuvo en la Cruz Negra a retribuir agradecimiento por aquella victoria a los santos y patronos de Cuyo. En caravana, dirigió la multitud que lo seguía hasta el hospital. Allí, abrazó a Victorino.

—*Gracias por la vida, don Tagarelli*, le dijo entre lágrimas y euforia.

El estallido

En la década del '70, América Latina atravesó un curso histórico trágico.

En Chile, desde el año 1973 Augusto Pinochet ultrajó las esperanzas del continente, excepto de los voceros de Estados Unidos que lo elogiaban cada vez que iza la muerte de Allende como un trofeo de guerra.

Nicaragua, El Salvador y Guatemala sufrían sangrientas guerras civiles, alentadas por los amos del mundo.

En el país, un tal Alfredo Martínez de Hoz, amigo personal de Rockefeller, había ocupado un sillón en el directorio de Exxon y, en 1976, se hizo Ministro de Economía de Jorge Rafael Videla, el tirano. Alfredo reverenciaba el libre mercado como una providencia de Dios y la naturaleza. Llevaba en la sangre la historia negra de su familia. Su bisabuelo, José Toribio, fue uno los terrateniente de la pampa húmeda en la segunda mitad del siglo XIX, paseando por las estancias con la boleta de conchabo expulsando gauchos y maltratando mujeres pobres.

En tanto, Henry Kissinger, secretario de Estado de Norteamérica, aplaudía el éxito del Plan Cóndor.

En Argentina, la Guerra de Malvinas de 1982 llevó a la tumba a 650 combatientes, jóvenes soldados que fueron enviados a la primera línea de la batalla. Roberto

Fortunato Galtieri –bebiendo whisky a media mañana– declamaba mediante discursos espurios el valor del pueblo argentino; valor que jamás tuvieron esos generales, ni ninguno de los uniformados de jerarquía. Cobardes.

El conflicto entre la Unión Soviética y el mundo occidental parecía no detener las aspiraciones de un mundo unipolar, enfriado por las bombas que caían en los suelos de Afganistán, Sudáfrica o Angola.

El rock en Argentina se tornaba nacional. También apareció el cuarteto, que admitió en sus raíces campesinas el contacto con los migrantes obreros de la ciudad de Córdoba.

El líder del radicalismo, Raúl Alfonsín, próximo a consagrarse como presidente de la Nación, preludia con su presencia el fin de la dictadura. Una nueva etapa democrática afloró en la república, aunque los representantes de la Sociedad Rural y el Fondo Monetario Internacional seguirían rigiendo indefectiblemente el rumbo del país.

En Mendoza, pasaron las gobernaciones del brigadier Jorge Sixto Fernández, Rolando José Ghisani, Bonifacio Cejuela y Eliseo Vidart Villanueva, todos representantes de gobiernos de facto. Después de 8 años de gobiernos ilegítimos, Santiago Felipe Llaver llega al Poder Ejecutivo, en 1983.

En ese año, justamente, la situación en el hospital hizo eclosión. El director Abdón Sara, nombrado por un gobierno provincial ilegítimo, no hizo otra cosa que condecorar el saqueo del sistema sanitario, abriendo una

etapa oscura de privatizaciones, incluyendo la clausura de servicios a la población. Cuando parecía que las políticas de los gobiernos militares lograrían el objetivo de cerrar el hospital, tan deseado por las perversas administraciones provinciales, entonces el pueblo se hizo sentir, unos meses antes de la llegada de la ansiada democracia.

Una mañana de viernes, en agosto en 1983, miles de personas (4.000 según los diarios de la época), se alzaron en defensa del hospital. Sin banderas políticas, la gente de San Carlos ocupó el lugar que legítimamente había aprendido a ocupar, desde que el doctor Victorino Tagarelli trabajó en el empoderamiento popular de la problemática de la salud. La multitud encendida se congregó frente al hospital y el reclamo popular provocó la renuncia de Abdón Sara.





Las consignas no tardaron en salir de la boca del pueblo y de escribirse en pancartas:

—*¡Doctor Tagarelli, el pueblo lo necesita!*

—*¡Queremos a Tagarelli!*

—*Por una Salud al servicio del Pueblo, ¡Tagarelli director!*

Cuando por fin se escuchó la noticia de la renuncia del director, la gente marchó apiñada hasta la casa de Victorino. No estaban conformes sólo con la renuncia. Eran miles colmando las calles, eran como guerreros, un ejército primitivo buscando recuperar a su líder.

Frente a la casa, sobre la calle San Martín, todo San Carlos permanecía en silencio, inmóvil, suspendido en el tiempo. Esperaban a Victorino. Esperaban que abriera la puerta, que los abrazara o, quizás, que reconociera

esa pueblada, que consolara a esas madres que fueron asistidas por él en los partos. Esperaban, y muchos de los que esperaban, de una u otra manera, le debían la vida o la llegada a la vida al Sanador del Valle.

No fue una sorpresa para Victorino Tagarelli. Sabía que algo así iba a ocurrir, no obstante, camina nervioso por los pasillos de su casa. No son confusos sus pensamientos, pero se está tomando su tiempo, ante la expectación de miles.

Finalmente, descolgó su bata blanca, tomó su maletín negro con carpetas y documentos, besó a su esposa, abrazó a sus hijos y salió a la calle.

—*¡Vamos a laburar!*, dijo en voz alta a la multitud.

Dicen que el clamor del gentío retumbó tan fuerte que hasta en La Consulta llegó a escucharse. La gente abrazó y besó a Victorino. Lo estrecharon tan fuerte que el cariño dispensado serviría para empezar a expulsar el sabor amargo de una salud pública deteriorada.

En septiembre de 1983 el doctor Alejandro Alfredo Maure fue designado de manera interina director del hospital y al año siguiente, en marzo de 1984, Victorino Tagarelli reasumió la dirección del nosocomio por solicitud de la gente y del personal del hospital Eugenio Bustos.

El resurgimiento

No era a un líder o jefe político al que el pueblo había redimido, era nada más y nada menos que un médico, el doctor del pueblo. Era, al fin y al cabo, el médico de la familia, una especie de padre de San Carlos. La salud pública era y es para la población de este pueblo la vida misma. Un hospital y toda una red sanitaria de atención condensan el fruto de décadas de lucha.

Sin duda, la democracia en el país vino a mejorar la pésima situación sanitaria que dejó la dictadura. El gobierno nacional liderado por Raúl Alfonsín orientó un programa de salud pública que, aunque sostenido ambigualmente por esquemas mixtos de poder entre las estructuras privadas y estatales, representó en términos sanitarios una importante reparación para la población.

La dictadura había diezmando la atención primaria y, asimismo, limitado las posibilidades de acceso a los efectores públicos y privados mediante la interrupción de obras sociales, entre otras cosas. El alfonsinismo recuperó un programa histórico de salud pública. Salud por la cual Argentina ha llevado a cabo, no sin contrariedades, un sistema público distinguido en la región y el mundo.

Al día siguiente de reasumir la dirección del hospital, Victorino Tagarelli instruyó a sus colegas para la

Reorganización del hospital de Eugenio Bustos

Los beneficios que en materia asistencial se han logrado a través de la reestructuración del hospital de Eugenio Bustos fueron dados a conocer por el

titular del nosocomio, doctor Victorino Tagarelli. Ofreció, también, un panorama de las mejoras efectuadas en el edificio y la acción desarrollada

El titular del hospital Eugenio Bustos, doctor Victorino Tagarelli, ofreció a la opinión pública un resumen de la labor de la actual dirección del nosocomio desde que se hiciera cargo el 6 de marzo último; dio detalles, al mismo tiempo, de las reestructuraciones concretadas.

FAZ ASISTENCIAL

auxiliar y un técnico y el resto del día se solucionan las urgencias.

Se ha incorporado a los servicios del hospital el de Fonoaudiología, con la incorporación de un profesional quien efectuará su trabajo con chicos de establecimientos escolares, especialmente de la escuela diferencial.

Se reimplantó en Tocoginecología el control Papani-

Con la colaboración de un grupo de damas se lograron donaciones de ropa nueva usada destinada a los pobladores más necesitados, con también juguetes calzados para bebé y niños.

La dirección facilitó además la labor del personal del P.A. cediéndole una oficina para el mejor desarrollo y funcionamiento en la comunidad.

inaplazable reparación del sistema de salud en el departamento. Encabezó la construcción del sistema cloacal, rehabilitó el Servicio de Cirugía (se alcanzaron 1.200 operaciones de mediana y alta complejidad), se instalaron servicios de Cardiología, Fonoaudiología, Psicología y Psicopedagogía. En los consultorios externos se llegó a cubrir una demanda de 2.500 prestaciones mensuales. En poco tiempo, el hospital adquirió la magnitud de un hospital regional.

La red preventiva-comunitaria era fundamental, lo cual hizo que se reabrieran los centros de salud en zonas rurales con el programa de atención periférica creado por él. Los habitantes beneficiados por este programa ascendieron a 10 mil. El departamento era recorrido constantemente por 30 agentes sanitarios, a los que

entregó motocicletas y vehículos para desplazarse por el territorio. Contaban con un salario digno y, además, eran valorados según sus capacidades y el temple humanitario en relación al trato con la gente (muy distinto, por cierto, al criterio que prevalece hoy en día, atiborrado de horarios cumplidos y salarios mezquinos).

Logró concretar la idea de una central de radiocomunicaciones entre el hospital y los diversos centros de salud del departamento. Ya en el año 1972, él pensaba dotar a todos los efectores de una de mensajería instantánea que los comunicara entre sí. Utilizó los tradicionales *handys*. Los resultados fueron más eficaces que las redes virtuales que en nuestro tiempo reinan como baluartes de la comunicación.

Esos resultados no sólo concernían a la refuncionalización de la salud. Los alcances trascendían el renovado avance del hospital. La desnutrición infantil bajó –entre los años 1984 y 1987– del 14% al 3%. Contribuyó a esto, las más de mil Cajas Pan, del Plan Alimentario Nacional, que se entregaban mensualmente a los pobladores rurales, junto a las copas de leche que llegaban a las escuelas del departamento.

En el plano asistencial, mejoró el funcionamiento de los servicios de Internación, pasando de un 25% a un 60% de ocupación. Se logró mayor captación de internados, en especial de las obras sociales, que antes eran rechazadas. El servicio de Cirugía (que en los cinco años anteriores estuvo prácticamente cerrado) llegó a atender 1.200 operaciones de alta y mediana

complejidad, como colecistectomías, apendicetomías, hernioplastías, cesáreas, colostomías, flebectomías e injertos de piel. Se dotó a este servicio de personal médico: dos cirujanos, anestesista, dos técnicas (instrumentista y anestesista) e instrumental clínico preciso que llevaron a reformar considerablemente el servicio. Logró obtener de Nación una lámpara cielítica para la Sala de Cirugía.

—*Ni el Hospital Central tiene esta lámpara*, decía Victorino, satisfecho.



Mejóro el Servicio de Tocoginecología: de atender tres partos, se alcanzaron 400 partos anuales, llegando a atender nueve partos por día, en promedio. Los profesionales en los Servicios de Clínica Médica y Pediatría fueron incrementados. Se reinstauró el Servicio de cardiología y, asimismo, fue propuesto el Servicio de Garganta, Nariz y Oído. En el Servicio de Urgencias se



Frete del hospital Eugenio Bustos, Acá se presta atención médica a gran parte de la población del departamento.



Doctor Victorino Tagarelli, casi un cuarto de siglo al frente del establecimiento sanitario.

Importante labor cumple hospital Eugenio Bustos

EUGENIO BUSTOS.— Una importante labor en beneficio de la salud de un amplio sector de la población departamental viene cumpliendo el hospital del distrito, en casi un cuarto de siglo de existencia.

Todo comenzó en 1951, merced a una donación de la recordada filántropa doña Julia Bustos de Quiroga, consistente en un predio de 800 metros cuadrados, de líneas avanzadas para su época, con instalaciones para consultorios externos, cocina, sanitarios, sala para maternidad de cuatro camas, sala de partos y otras cuatro habitaciones para internación. Destinado en sus comienzos exclusivamente a maternidad, el 20 de junio de 1951 se atendió el primer parto, naciendo una niña, que 20 años después, a su vez, era madre en el mismo establecimiento. Es decir que ya nacía una segunda generación. Posteriormente, en 1961, doña Celia Bustos de Quiroga donó una suma de 120 mil pesos, con lo que se construyeron 20 metros cuadrados para las salas de operaciones. Finalmente en 1972, el Estado realizó otras obras, que completaron 1500

metros cuadrados, administrador, médico de guardia y otra. Desde hace 24 años explicó que actualmente se cuenta con 42 camas, que trabajan con un promedio del 85 por ciento de su capacidad de internación. Se cuenta con servicios de Neonatología, Maternidad, Clínica Médica, Pediatría, Rayos X, Laboratorio de análisis de sangre, farmacia, fisioterapia e inyectables.

Entre médicos, personal de enfermería y administrativos, trabajan 75 personas. El servicio de guardia funciona las 24 horas y hay consultorios externos de clínica y odontología.

Una de las principales necesidades del hospital es la incorporación del servicio de cirugía de urgencia, ya que actualmente deben derivarse hacia Mendoza numerosos pacientes que requieren una operación de cesárea o de otras urgencias que podrían resolverse en el lugar. Se cuenta con la infraestructura necesaria de quirófano e instrumental; solamente se tendría que nombrar a un médico cirujano y a un anestesiólogo.

Otro problema de índole edilicia es que en algunos techos hay filtraciones y que se debe

eliminar las guardias de 6 horas, para llevarlas a 24, dotando al servicio de ocho médicos. Se creó el Servicio de Fonoaudiología, Psicología y Psicopedagogía, lo que permitió saldar la falencia infanto-juvenil.

La farmacia del hospital posibilitó la entrega de medicamentos gratuitos. A diferencia de los preceptos médicos de hoy, cuya industria farmacéutica rige el curso de la era sintética, en aquellos años los farmacéuticos no eran simples vendedores comerciales. Se encargaban de la fabricación de los medicamentos y debían conocer –mediante estudios científicos y técnicas empíricas diversas– el uso de dosis, utilización de sustancias o reacción de anticuerpos en los pacientes. Incluso, en algunos países, los farmacéuticos eran llamados químicos farmacéuticos y en los pueblos chicos de la Argentina eran muy respetados. En el valle, todos recuerdan a Orlando Trentín, Ulpiano Suárez, María Rosa Peche o Antonio Garbuio, de La Consulta.

El doctor Tagarelli, como muchos médicos en aquella época, debía escribir químicamente la receta según las dosis específicas a ingerir, y entonces el farmacéutico preparada el remedio o sustancia. La idea de Victorino de abastecer a la población de medicamentos gratuitos a través de la farmacia del hospital implicaba un enorme esfuerzo en materia logística y técnica. Por eso, mantener los precios de materiales e insumos era una batalla admirable contra las nacientes especulaciones del mercado farmacéutico.

Se implementaron auditorías médicas y de historias clínicas. En el año 1985 fue conformado el Comité de Infecciones Intrahospitalarias. Dos veces al mes, un ómnibus que Victorino había conseguido se trasladaba a la ciudad de Mendoza para realizar interconsultas en

los hospitales especializados. Después de diez años de solicitudes a las autoridades, se adquirió una ambulancia 0 kilómetro y se reparó otra unidad móvil, permitiendo prestar servicio de 7 a 14 horas. Se adquirieron, además, cuatro motos para la movilización de agentes sanitarios. A estos agentes se les proveyó de tensiómetros, estetoscopios, balanzas y elementos de primeros auxilios.

En tanto, en dos escuelas rurales –Calise y Alamiotos– construyó, en conjunto con el INTA, equipos potabilizadores de agua. Desarrolló el programa de huertas familiares para diversificar la alimentación y autoconsumo de las poblaciones alejadas.

En tres años se construyeron cinco centros de salud en distintos parajes rurales: El Cepillo, Tres Esquinas, Villa Chacón, Casas Viejas y Calise, colocando módulos prefabricados. En ese período, se duplicaron los centros de salud en el departamento.

En 1985, se realizó el “Primer encuentro provincial de Educación y Salud”, en el que participaron cientos de personas, en cursos de medicina preventiva para la comunidad. Médicos y población interactuaban: ambas esferas de una sociedad (que en esos tiempos formaban parte de una misma identidad) pactaran genuinamente la dirección de la salud pública.

Se proveyó al sector de costura de máquinas eléctricas de coser (altamente modernas para esos años). Cuentan los habitantes de Eugenio Bustos que las costureras bordaban sábanas y fundas de las camas del hospital, dejando además en perfecto estado la indumentaria

de médicos y personal sanitario.

A través de un concurso médico, Victorino ofreció un cargo para cubrir la prestación en centros de salud de las localidades del Cepillo, Villa Chacón y Tres Esquinas. Pronosticando los períodos de neoliberalismo que privilegiaban a los profesionales de la ciudad, ofreció primeramente este cargo a los profesionales de la zona.

Fue en febrero de año 1987. La doctora Patricia Chalabe comenzó la atención en esos lugares.

Recuerda la doctora: *“La atención de pacientes la iniciamos en lugares prestados por las escuelas de El Cepillo y Chacón, mientras que en Tres Esquinas, la iniciamos en una casa particular. Era el inicio de una patriada, ya que estos lugares no contaban con servicio de enfermería, por lo que quien ocupaba ese lugar eran los agentes sanitarios. Caminos de tierra y muy dispersos, en zonas rurales que sólo se accedía a pie o a caballo”.*

Y completa: *“Recuerdo que cargué un estrés impresionante al trabajar sola, secundada por un agente sanitario. Esto se lo comenté al doctor Tagarelli, y él me enseñó varias cosas de la práctica real en esos lugares. Lo que más recuerdo fue que me enseñó a auscultar latidos fetales, ya que debía controlar embarazadas para luego derivarlas al hospital. Siempre me decía: ‘primero escucha a la gente, después diagnosticalos y, por último, tomá decisiones profesionales, pero, acordate, primero aprendé a escuchar’”.*

En 1987, el 80% de la población se encontraba bajo protección y control sanitario y el 100% de la población infantil fue vacunada e inmunizada.

En todo este proceso, Victorino Tagarelli estuvo al frente, dejando atrás los oscuros años de la Dictadura Militar y su olvido de la salud del departamento. Victorino volvió y supo cómo volver: siempre estuvo al frente de toda estrategia conducente a descentralizar la salud de San Carlos, llevándola a zonas alejadas.

Precisamente ese año el doctor Iván Cané, amigo de Victorino, cumplió un rol importante en distintas especialidades del hospital, además de tener su consultorio particular en una moderna edificación en la esquina de la calle San Martín, en Eugenio Bustos. Dicen que un día hubo una discusión y Cané renunció. Ambos tenían su carácter y ese incidente lo había demostrado.

Unos meses después, el Ministerio de Salud de la Provincia envió al hospital Eugenio Bustos, sin previo aviso a Victorino, a una persona para que asuma la *Jefatura de Enfermería*. La indignación de Victorino tuvo su pronta respuesta: “*Yo no he pedido a nadie. Son otras mis prioridades*”.

Sin embargo, la nueva jefa de Enfermería insistió con la orden que mostraba a Victorino, soberbiamente. “*Está bien, pase a mi oficina*”, le dijo, dándose la vuelta y caminando precipitado al despacho de la dirección. Entonces, llamó a otras enfermeras, las hizo tomar asiento y ordenó a la extraña que le hiciera a cada una distintos vendajes en tobillos, rodillas, espalda, etcétera. Al parecer, a la enviada del Ministerio no le simpatizó semejante prueba y, al hacerla, tuvo errores que revelaron cierta inexperiencia profesional: “*Tome su documentación*

y se manda a mudar de este hospital, porque usted no sabe vender”, le dijo Victorino, sin reservas.

Por tal motivo, y sumado a la discusión del doctor Tagarelli con su colega Cané, el gobierno provincial (por entonces era gobernador José Octavio Bordón) delegó a un funcionario para entrevistarse con el doctor Iván Cané.

—*Vengo de parte del gobierno provincial. Estamos muy interesados en que usted asuma el cargo de director del hospital de Eugenio Bustos. Además, el doctor Tagarelli se ha rehusado a aceptar la nueva jefa de Enfermería que el Ministerio encargó, comentó el funcionario.*

Sin vacilar, Iván Cané tuvo una respuesta inesperada para él: *“¿Y desde cuándo la palabra de una ´chirusa´ tiene más valor que la palabra de un profesional como el doctor Tagarelli? ¡Váyase ya mismo de acá!”.*

Cané tenía su carácter, pero también sus convicciones y su nobleza. Fue uno de los grandes médicos que pasaron por San Carlos.

La familia y la casa

En 1987, finalmente, el doctor Victorino Tagarelli finalizó sus funciones como director del hospital de Eugenio Bustos. Estaba contradicho. Quizás, no quería dejar ese lugar o le inquietaba saber qué sería de “su” hospital y le preocupaba que, nuevamente, los importantes avances conseguidos fueran desmantelados. Acaso pensara en las noches, antes de dormirse, que él seguiría en su valle y que siempre estaría dispuesto, cuando la salud pública le exigiera su presencia, aunque más no fuese desde su consultorio o recorriendo los hogares del pueblo. Sin embargo, ya no sería más el director del hospital de Eugenio Bustos.

Se dedicó un poco más a su familia. Después de dos años de su jubilación, con 67 años, Victorino en su casa observaba el paisaje de su entorno. Los verdes del algarrobal se ven desde la ventana y, más allá, jarillales, chañares, piquillín y retamos, que se funden con las cortaderas, hasta perderse en el color de los manzanares y viñas moradas de doña Celia.

—*Dicen que los primeros árboles frutales llegaron a San Carlos en 1797. Tres vecinos, con seis mulas trajeron cargas de higueras, perales, manzanas, caña, uvas negra y moscatel*, comentó su hijo Víctor, tomando café, a su lado, una mañana de lluvia otoñal, frente a la ventana.

—*Ahá*, contestó Victorino, aquel hombre que, ahora, ya no tenía por qué responder con el diagnóstico justo; ahora, contaba con tiempo para pensar en otras cosas.

Era, ya, otro tiempo para él. Podía, por ejemplo, escuchar a sus hijos y jugar con sus nietos. Y acostumbrarse a dejar pacientes en otras manos.

Inquieto, entusiasta, esperaba la Navidad. Preparaba los regalos para toda la familia, luego de colocar junto a sus hijos las luces navideñas en el pino del patio, no sin lanzar alguna puteada cuando algún farol importado que compró en la ciudad no encendía, después de intentar una y otra vez.

Llegaban parientes, amigos. Victorino caminaba de un lado a otro de la casa, hiperactivo. No le quitaba los ojos al lechón que crujía en la parrilla. Preparaba el aperitivo, enrollaba el queso barra y vertía las aceitunas en pequeñas computeras. Vigilaba las bebidas para que, cuando fuera el momento, estuvieran frescas. Fichaba a sus nietos con una mirada recta y, al mismo tiempo, rebosada de ternura para que no descubrieran dónde había escondido los obsequios. Sonreía, era feliz.

Allí, con toda la familia a su lado, ¿qué más podía pedir? La Navidad en la casa de Victorino era un ritual, no por razones religiosas o comerciales, sino por la ceremonia familiar, el encuentro de todos, las charlas, los brindis.

Al fin, la cena estaba lista. Convocaba a todos a la mesa y, levantando las cejas, apuntaba a sus hijos para que lo secundaran en el trozado del lechón.

Durante la cena, recuperaba anécdotas, como aquella vez que unos puesteros de Paso de las Carretas le regalaron un avestruz. Lo tomó como a una mascota, sin nombre. En el patio, el animal brincaba imprudentemente por los arbustos del jardín y cuando parecía que su vandalismo había terminado, lo miraba de reojo a Victorino para señalarle finalmente el lugar donde había expulsado su excremento. O aquella otra de la piñadera que terminó con la fractura de nariz de uno de los bravucones, que se dieron cita en la en la plazoleta del barrio Huaquería para saldar viejos asuntos. *“Es que parece que el narigón estaba comiendo afuera de su casa”*, comentaba entre risas.

O aquella otra vez que un trabajador rural de Casas Viejas fue al hospital por un fuerte estado gripal y él le recetó supositorios: *“A la semana, regresó a verme y le pregunté cómo estaba. Me dijo: ‘Es que vengo tomando hace una semana estas pastillas y no me hacen nada’. ¿Cómo tomando? ¡Son cápsulas y te las tenés que meter por el culo! Tuve que salir a buscarlo, porque el hombre salió corriendo”*.

Las navidades, los domingos o las vacaciones eran momentos sagrados con Victorino. En las siestas, tomaba las frutas maduras caídas al piso y les daba un mordisco. Parecía raro que un médico comiera algo que estaba en el suelo, pero todos entendían que esas frutas tenían la impureza de la tierra, no del pavimento o del parquet de las tiendas del centro. Era, también, su manera de demostrarnos que apostaba por la vida tal como se nos

manifestaba, sin recetas, sin prospectos, sin protocolos. Le fascinaba la uva, que tomaba de los altos parrales del patio. Don Rivas, el jardinero que hacía los quehaceres del jardín, dejaba siempre la escalera cerca para evitar algún accidente. Y porque sabía que a Victorino le gustaban los racimos más altos.

Los domingos llevaba a sus nietos a conducir el Ford Fairlane. De mayor a menor, Victorino decía tranquilamente quiénes subirían al auto para aprender los secretos del volante, pero, ya en marcha, el viejo era un tremendo cascarrabias.

—Pero, pero, pero... ¡Poné la primera y sacá lento el embrague, la puta que lo parió!

Después, ya en casa, otra vez desparramaba cariño. Amaba tanto a sus nietos que siempre buscaba alguna excusa para estar con ellos e improvisar algún juego infantil. A veces los llevaba hasta una caja fuerte que él tenía en su dormitorio.

—Cuando cumplan 18 años, acá estarán esperando unas lapiceras que les he guardado. Son unas lapiceras de oro y plata que me regalaron cuando cumplí 25 años en el Hospital.

Entonces, la emoción de sus nietos era inmensa. No por el valor de esas lapiceras, sino porque 25 años, eran, para ellos, una vida o un largo viaje que ni siquiera la infinita Ruta 40 podría igualar en su rigor.

Mientras tanto, allí estaba el macizo de los Andes. El sol de verano infundía un color celeste a la cordillera. Tan claro era ese color que se asemejaba a los mares del

Pacífico. Victorino observaba aquel paisaje, en diciembre. Y deliberaba con Emilia sobre las vacaciones. Ciertamente, el mar de Chile les cautivó siempre. Los mariscos y el dulce de leche en el país trasandino azuzaban el paladar de Victorino, además de los roces tibios de la arena que raspaban su piel madura.

Cuando viajaban, con Emilia, organizaban el equipaje pensando sólo en lo indispensable. Entonces salían, no sin algún dejo de preocupación por los pacientes que no atendería esa semana de ausencia. De hecho, Victorino sólo se sentía tranquilo cuando descubría que nadie requería su cuidado. Era una especie de guardián de ese pueblo, al que amó con sostenida intensidad.

Antes de partir saludaba a su vecino, el Negro Dídimio García. Don Victorino lo visitaba todos los días, después de que sufrió un ACV. Hasta el final de sus días, en 1992, Victorino se tomó el tiempo de visitarlo. Su esposa, Teresa, muy amiga de Emilia, siempre contaba lo agradecida que estaba por su atención y humildad.

—*Victorino fue como un padre en nuestra familia.*

Victorino y Emilia, ya en viaje, distinguieron la figura del *Mudo* Cona. El sigiloso Cona caminaba, cada día, velozmente, 30 kilómetros, desde La Consulta hasta Tunuyán, buscando quién supiera qué. Caminaba y caminaba, infatigable. Victorino se detuvo, bajó del auto y le dejó los sándwiches de milanesas que había previsto para el viaje. El *Mudo* le sonrió, agradecido, retribuyendo con un abrazo a Victorino. No por los sándwiches, seguramente, sino tal vez porque reconoció al doctor

que alguna vez lo cuidó en el hospital. Después, siguió su ruta, el camino del *Mudo* Cona. Nadie supo nunca dónde quedaba su hogar. Quizás no tenía hogar o tal vez su techo era aquel cielo estrellado que suele agigantarse desde La Cañada.

No obstante, ese roble que era Victorino contaba con un imprescindible apoyo invisible para la mayoría: su mujer, Emilia Galera.

Emilia, la mujer junto al hombre

No es imaginable la vida adulta de Victorino, sin su compañera, Emilia Galera, el agua pura que cada día mantuvo la salud del roble que era el incansable médico.

Emilia fue una mujer muy inteligente y compasiva; podría haber completado todos los niveles educativos, pero todo era más difícil para las mujeres y más aún para las mujeres de los pueblos pequeños. Esto explica que sólo hiciera la escuela primaria.

Sin embargo, placer de su soledad, cultivó siempre un gran amor por la lectura. Emilia era una gran lectora de literatura argentina, algo que Victorino, por cierto, nunca llegó a desarrollar.

Emilia, la abuela, no era de salir mucho. No obstante, siempre acompañaba a Victorino a todos los eventos o acontecimientos en el departamento. Muchas veces lo acompañaba a ver pacientes en lejanos caseríos rurales, pero siempre guardaba una distancia con el protagonismo del médico.

Nació un 11 de febrero de 1927, en San Rafael, Mendoza. Allí fue donde pasó su niñez y parte de su adolescencia. Fue hija de Dolores Martínez y Antonio Galera, españoles de Andalucía, de un pequeño pueblo llamado Somontín, quienes vinieron a vivir a Argentina ya estando Dolores embarazada de una niña: Emilia Galera.



Desde joven, herencia familiar, fue muy católica, y ya casada no faltaba a misa los sábados a la tarde. Sentía una gran devoción por la Virgen de Lourdes, casi la misma que Victorino sentía por los Funereros, “su” club Eugenio Bustos. Ella siempre buscaba la manera de ayudar de alguna forma a los pibes más pobres. Su corazón era inmenso.

Emilia fue de tener pocas amigas, pero esas pocas muy fieles y amigas de verdad. En especial, “Porota” Gracia. Cuando los militares detuvieron a sus hijos Daniel y Tito, Emilia inició una campaña de recolección de firmas junto a Porota y su futura nuera, *Peti*. Toda su discreción social fue dejada a un costado cuando se trató de salvar la vida de sus hijos. Y cuando ambos fueron liberados, al igual que Victorino, lloró, como nunca había llorado.

Tuvo una vida, naturalmente, muy normal: ama de casa, muy buena cocinera (en la familia siempre dicen que sus milanesas eran únicas) y de trato muy cordial con las empleadas domésticas de la casa. Algunas volvían, ya casadas y con hijos, a visitarla. Era muy feliz con las cosas simples de la vida: las visitas de sus hijos y de sus nietos, sobre todo.



Emilia fue muy familiar: su vida se explica en torno a la idea de familia. Muy comprensiva, jamás se enfurecía. Y su mejor momento del día era el desayuno: disfrutaba empezar el día recibiendo al sol. En aquella vieja casona, por cierto, se respetaban muchos los horarios cotidianos, que siempre giraban en torno a los trajines de Victorino y sus obligaciones: almuerzo a las 13:30; media tarde infaltable y cena. No hubo nunca cocinera en su casa: ese territorio era de Emilia, salvo algunas comidas que eran propiedad de Dolores. Era, además, amante del jamón crudo y de todo lo que tuviera gusto a coco.

La armonía familiar era muy importante para ella. Con sus hermanos, Juan, Antonio y Manuel, nunca hubo una pelea, sin embargo, con sus cuñados Tagarelli siempre había algún que otro encontronazo.

Todo en su vida se decía por sus ojos: eran transparentes y no sabían mentir. Hablaban de alegrías, tristeza, dolores, esperanzas. Por eso, a nadie extrañó que, al morir Victorino, sus ojos se inundaran de tristeza al punto del vacío. Cuando su marido murió, ella se fue dejando morir, sin querer abandonar la vieja casa, y sus hijos y sus nietos no pudieron hacer nada al respecto.

Murió a los 71 años, apenas 150 días después de la partida de su amado esposo.

Los años 90

La década del 90 asoma en la Argentina, muda y sorda. Una era desmedida de privatizaciones despuntaba en el país que supo levantar fábricas e industrias nacionales. El libreto del Consenso de Washington arribó a la Argentina, y en aquel departamento del Valle de Uco las cosas ya no serán como antes. Los arancelamientos de servicios en salud pública hirieron al país y también a la población sancarlina. Fue un machetazo al corazón de sus habitantes.

Como en aquellos primeros años de la salita de primeros auxilios, cuando Victorino notaba el abandono de los viejos que deambulaban por el pueblo sin asistencia, la década del 90 golpeó no sólo a los mayores, sino a familias enteras. Algunas, perdían su hogar. La desocupación empujaba a las orillas de la marginalidad a los hijos del ayer, padres del hoy. San Carlos, el pueblo de Victorino Tagarelli, sentía hasta los huesos la infamia del nuevo mundo.

El sistema de salud, apartado de su ámbito social, se inspiraría neciamente en esquemas asistenciales que ni siquiera contribuían al cuidado o a la propia asistencia. Los avances en materia preventiva que Victorino supo levantar fueron relegados, al punto de vaciar los centros periféricos que asistían a más de diez mil personas.

Las diversas redes sanitarias entraron en el terreno de las llamadas esferas “*in-competentes*”, tal como lo solían describir gobernantes y doctores de la era privatizadora, sugiriendo que la salud estaba inducida por la oferta y la demanda del libre mercado y sus generosidades competitivas. La comunidad sancarlina, históricamente incorporada al sistema hospitalario del departamento, fue desterrada de su participación. Los nuevos médicos letrados o aquellos funcionarios políticos que hacían de la política un negocio, suponían que el pueblo era “*incompetente*” y que su intervención en el campo de la salud evidenciaba una ignorancia intolerable.

El nuevo círculo del poder decidió evaporar cualquier intento de medicina social. Este tiempo villano del neoliberalismo originó el fracaso de salud pública. Para los neoliberales, el sistema hospitalario y preventivo era indiferente en un mundo dividido entre pobres y ricos. Nada se podía hacer. Para ellos, lo importante era y es que los ricos, en el mejor de los casos, tengan misericordia con los pobres. Eran y son los dueños de un favoritismo fundacional y medieval inaceptable.

Los pacientes, la gente, el pueblo que concurría al hospital, fueron entonces clasificados según su educación, estatus social o apellido. Una institucionalización jerárquica de la atención clínica prevaleció, ante la aflicción de Victorino.

Las tendencias sanitarias neoliberales sostuvieron una “culpabilización del paciente” en sus decisiones

sobre el cuidado o la higiene personal, dejando de lado las condiciones de trabajo, educación, vivienda, alimentación adecuada o saneamiento ambiental básico.

Ya en los años '60, Victorino decía que *“si se quiere construir salud desde un modelo que respete los valores culturales y sociales, se debe contemplar y aceptar decidir con la gente”*. Veinte años después, la Carta de Ottawa le daba la razón.

En 1986 se realizó la “Primera Conferencia Internacional sobre la Promoción de la Salud”, en Ottawa. Esta conferencia tomó como punto de partida los progresos alcanzados como consecuencia de la Declaración de Alma Ata sobre la atención primaria. Allí, se presentaron algunos extractos de la Carta de Ottawa para la promoción de la salud, considerada uno de los pilares de la participación comunitaria en la promoción de la salud.

Sin embargo, evidentemente, los años inclementes de neoliberalismo silenciaron estas perspectivas.

La gente, entonces, solamente acudía a una red meramente asistencialista, desierta de cualquier participación en materia preventiva. Y más allá, los descartables de este mundo eran presentados como visibles adversarios del modelo privatizador y que la televisión o la radio rotulaban como holgazanes del siglo por venir.

No obstante, los años '90 en la Argentina tuvieron testimonios naturales de rebeldía. Imperceptiblemente, el malestar por la política, la salud pública o la retorcida economía fue recorriendo las veredas furtivas de la identidad sancarlina. En las siestas, decenas de jóvenes

se descubrían en las melodías de un nuevo rock mestizo que se levantaba en los barrios.

Por las noches, algunos locos improvisaban relatos en radios comunitarias que, gracias a precarias antenas o transmisores que otros locos construían, eran escuchados. En reuniones vecinales se definían asuntos públicos, abandonados arbitrariamente por el Estado. En las plazas o en los bares se guardaban los secretos de algunos viejos que tenían impregnada la natural desobediencia ante la injusta ley o las fábulas del poder. Por doquier, se podían advertir la audacia para desafiar los desaires de aquella época.

En lo relacionado con la salud, desde todo el Valle de Uco y la provincia, jóvenes médicos visitaban al doctor Tagarelli para nutrirse de sus experiencias o, acaso, intentar seguir el camino de una salud dignificadora que se había extraviado en medio de los fuegos artificiales del neoliberalismo. Inclínados hacia la medicina social, estos jóvenes necesitaban oír al referente del Valle de Uco.

Sus palabras, consejos o prácticas, eran un bastión de las nuevas generaciones que, por una cosa u otra, estaban lejos de sentirse identificados con el modelo gerencial de la medicina (no de todos, por supuesto, ya que siempre existirán profesionales de la medicina motivados por la rastrera fortuna).

Aunque Victorino no era un hombre ilustrado, su sabiduría se asentaba en una práctica que tenía, sin lugar a dudas, dimensiones excepcionales. No se lo veía

jamás quieto o esgrimiendo palabras salidas de tratados eruditos. Al contrario, solía llevar al hospital de Eugenio Bustos o a su consultorio a esos jóvenes médicos que lo visitaban para de manera expeditiva narrarles la historia de la salud pública con gestos tan exagerados que había que seguir sus manos o sus pasos presurosos. En su propia mirada se podía apreciar la historia de la salud pública. Era, en primer término, un hombre de acción, luego, venían sus palabras, tratando de alcanzarlo.

Mientras tanto, la gente, hastiada de una salud al servicio de pocos, recordaba siempre al mentor de la salud pública y, entonces, todo aquello que parecía derrumbarse renacía en el perdurable talante de don Victorino y en las necesidades insatisfechas de su pueblo.

Pasaron muchos directores por el hospital, de diversos partidos políticos, con recursos nacionales, provinciales y municipales, exiguos o no. No obstante, el consultorio del doctor Tagarelli siempre estuvo atiborrado de gente.

Evidentemente, no se debía solamente a la ausencia de una política sanitaria en Mendoza. Obedecía, además, a la seguridad que los pobladores tenían cuando eran atendidos por Victorino. A destiempo de la posmoderna gerencia clínica, el doctor Tagarelli diagnosticaba a sus pacientes teniendo presente los vectores sociales de la enfermedad. Por eso, la medicina con Victorino alcanzaba esferas que trascendían los parámetros asistencialistas. Ahí radicaba la notable concurrencia de la gente a su consultorio, además de que la atención era

gratuita, sin largas esperas, porque a sus 73 años con sólo dormir unas pocas horas le alcanzaba.

Fueron innumerables las movilizaciones del pueblo para reclamar un hospital al servicio del pueblo. Incontables los reclamos, peticiones, solicitudes, pero la falta de respuestas fue concluyente por parte de los gobiernos provinciales. Al menos, les quedaba el servicio que ofrecía Victorino en su consultorio, día y noche.

El día más triste

Sus hijos, Daniel y Víctor, llegan a la casa de Victorino ni bien se enteran de la noticia. Es noviembre de 1998. Estaban aterrados y, sin embargo, cuando llegaron a la casa, vieron sorprendidos que el doctor Victorino Tagarelli, su padre, estaba ahí, atendiendo en su consultorio como si nada hubiese ocurrido.

Ningún malestar podía interrumpir la labor del médico, decía, sin decir, con su ejemplo.

—*¿Qué quieren? Estoy trabajando.*

Sus hijos lo escucharon azorados, llenos de angustia. Victorino había sufrido un infarto en su viejo corazón, pero trató de transmitir calma y siguió atendiendo gente. Entonces, le hablaron con la mayor calma posible, le insistieron, hasta le rogaron. Finalmente, después de idas y venidas, Victorino aceptó internarse.

—*Está bien, pero yo voy a un hospital público, ordenó.*

Tanto valor y entrega, tanta nobleza de roble tenía, que su propia vida sólo podría concluir cuando sintiera haber tocado un límite, que permitiera a sus ojos cerrarse en un viaje que ahora parece infinito. Lo internaron en el hospital Central, de la ciudad de Mendoza.

Convaleciendo, en el Central, siguió atendiendo a algunos de sus pacientes de San Carlos. Muchos pacientes de años, iban desde Eugenio Bustos, Paso de

las Carretas, La Consulta o Chilecito, hasta la ciudad de Mendoza, para abrazar a su doctor y, seguidamente, pedirles indicaciones sobre el cuadro de salud que los tenía acongojados. Ellos no podían admitir, de ningún modo, que su doctor estuviese en una sala de internación. Victorino sería Victorino para siempre. Sin embargo, allí estaba él, débil y consciente del momento que atravesaba, pero, aun así, los atendía.

E iba más allá: cuando nadie lo veía, cuando enfermeros y médicos no estaban, Victorino tomaba su bata y se escapaba del cuarto de internación y recorría salas del hospital para diagnosticar a pacientes que no contaban con la adecuada asistencia y protección. Si alguna vez alguien presagió la presencia de algún espíritu deambulando por el Hospital Central, pues era don Victorino, aunque de ningún modo se trataba de un espectro fantasmal. Era su presencia real, velando por la gente, atendiendo pacientes, aún con el corazón astillado, médico al fin hasta el último minuto de su vida.

La noche antes de fallecer, estando en terapia intermedia, pidió a sus hijos que lo sacaran del hospital. Quería morir en su Eugenio Bustos.

Al amanecer siguiente, el 24 de enero de 1998, Victorino se marchó de este mundo. Tenía 73 años. Hay quienes dicen que cuando falleció, un profundo silencio reinó en todo el hospital y que afuera, las personas que permanecían esperando no pronunciaron ni siquiera una palabra. Y todo el Valle se vistió de luto.

Había muerto el Sanador del Valle.

Amar la profesión

Médicos y enfermeros de toda Mendoza –muchos de ellos en el anonimato–, han seguido a su manera las enseñanzas de Victorino. Su recuerdo siempre estará latente en ellos, como en gran parte de pueblo de San Carlos.

Entre innumerables historias, está la del Negro Oscar Ortubia.

—Cuando murió Victorino sentí un vacío grande. Él fue como un padre para mí.

Oscar conoció a Victorino cuando tenía 17 años. Desde muy pequeño trabajó la tierra en algunas fincas de San Carlos. Hijo de padres separados y criado entre tíos, tuvo una vida dura, llena de necesidades y carencias. Sin embargo, Oscar era un guerrero aferrado al trabajo y a la tenacidad.

Un día fue al hospital a ver a Victorino. Quería aprender algún tipo de labor en el hospital y, tal vez, aliviar sus jornadas de trabajo en las tierras de otros, que desde niño sembraba; jornadas que eran mal pagas o, en su defecto, no retribuidas con dinero, sino con trueques siempre poco convenientes para sus necesidades.

Después de escucharlo, Victorino lo miró y lo midió. Después de un silencio, le dio una palmada en el hombro.

—Mañana mismo te venís al hospital que empezamos a hacer algunas cosas.

En el hospital, Oscar contaba con comida, cobija y ropa. Victorino había dado la orden que a ese joven no le faltara nada. Y, además, Oscar disponía de un espacio para aprender. Él quería ser enfermero, estaba dispuesto a serlo.

Comenzó haciendo tareas de limpieza y preparando los racionamientos de comida para los pacientes del hospital. Luego, aprendió a higienizar los tubos en el laboratorio y manipular correctamente los instrumentos de enfermería. Un año después, Oscar conoció al doctor Humberto Tagarelli, primo de Victorino, quien, circunstancialmente, había ido al hospital debido al accidente cerebrovascular que había sufrido su madre, Sabina. Por ese entonces, Humberto estaba ejerciendo la residencia como cirujano en el hospital Lagomaggiore, en la ciudad de Mendoza, lo cual le dificultaba atender de manera permanente a su madre.

Oscar se ofreció a cuidar de ella, primero en el hospital durante el tiempo que permaneció internada, y luego en casa de Humberto y su padre, Pedro. No quería que le pagaran; solamente pedía estudiar en la escuela secundaria. Victorino lo alentaba frecuentemente a estudiar en la secundaria y realizar el curso de Auxiliar de Enfermería.

— *Vos estudia, que cuando se jubile doña Elda Osorio, el puesto es tuyo. ¿Oíste?*, le prometió Victorino con mirada seria y tono exigente.

Oscar pasaba gran parte de su tiempo en el hospital, estudiando enfermería, descansando en las noches en

el viejo edificio o cuidando a Sabina de Tagarelli. Luego de cuatro años, Elda de Osorio (que era jefa de guardia de Enfermería) se jubiló. Aunque ya por entonces Oscar se desempeñaba a la par de ella, necesitaba su título de enfermero, que a los pocos meses lo obtuvo con calificaciones y prácticas excelentes.

El día del agasajo a doña Osorio, cuando todo el personal reunido despedía a la querida Elda, Victorino le dijo a Margarita Puerta: “*A partir de mañana, al Negro lo ponés en la guardia donde estaba Elda*”.

Hizo traer el organigrama del hospital y, delante de todos, colocó el nombre de Oscar Ortubia al frente de la guardia de Enfermería. “*Negro, ahora sí que nadie puede decirte que no sos personal del hospital*”. A los dos meses ya cobraría su sueldo y, en el año 1988, Victorino lo nombró encargado de personal, con la única condición de que finalizara los estudios secundarios. Tiempo atrás, Humberto y Victorino habían firmado como tutores de Oscar para que comenzara a estudiar durante las noches en el colegio secundario. Y él pagó con creces la confianza.

—*Soy enfermero gracias a don Victorino. Me educó para esto, para amar la profesión*, contó Oscar, entre lágrimas.

Hoy en día, Oscar Ortubia es el encargado del *Centro de Salud de Villa Chacón*. Comenzó sin nada. Poco a poco, consiguió sillas, armarios, camillas, vacunas, mientras realizaba atenciones a los niños y padres de la comunidad en sus propios hogares. Logró que se le

consignaran médicos, nutricionista, obstetras, psicólogos. En el año 2010, la familia Chacón por pedido de la comunidad y Oscar, donaron el terreno que ocupa actualmente el centro de salud. Desde entonces, Oscar logró consolidar un efector sanitario digno que atiende pobladores de todo el departamento.

Victorino, estaría orgulloso.

Hospital “Dr. Victorino Tagarelli”

Soy uno de sus nietos. Me llamo Diego y hace muchos años que este libro da vueltas en mi cabeza y en mi corazón.

Casi he terminado de escribirlo, ya no falta casi nada y, tal vez como homenaje, antes de concluirlo, camino solo por Eugenio Bustos, hacia la fachada del antiguo hospital “Dr. Victorino Tagarelli”, pues así se llama ahora.

He salido a caminar desbordado de emoción por tantos recuerdos. Ya estoy en esa calle, tornada en gris por tantos años o por las ausencias o por la resaca que el vino Relincho me ha dejado tras acompañarme la última noche de febril escritura.

Es temprano, no hace mucho que ha amanecido. La calle, a esta hora, está tan sola como yo. De pronto, poco antes de llegar, recupero en mi memoria aquella otra mañana, cuando el hospital de Eugenio Bustos pasó a llamarse “Dr. Victorino Tagarelli”, en noviembre del año 2000.

Toda la familia fue rumbo al hospital, estábamos, como estoy ahora, empapados por su presencia. Empezó a llegar gente, más y más gente y, entonces, nos dimos cuenta de que ese hombre seguía vivo en la memoria de su pueblo, además de vivir en la memoria de su familia. Recuerdo haber visto el hospital, su fachada, su puerta

de ingreso, sus muros. Recuerdo haber visto enfermeras y médicos. Y más y más gente que iba llegando, con una mezcla de solemnidad y buen humor.

Aquella mañana, el Valle de Uco recibió un sol enorme, bajo el honesto azul profundo del cielo. El aire era limpio, respirable, como lo conocemos: con una pureza que en las ciudades no se conoce. La gente de San Carlos, de a cientos, ha decidido acercarse a rendir homenaje al Sanador del Valle.

Había niños, gente mayor, jóvenes. Todos estaban en aquella calle gris, de pie frente al hospital, esperando el acto público. De un lado, las autoridades provinciales, con sus protocolos políticos y ceremoniales oficiales. De otro lado, la gente, el pueblo de San Carlos, sencillos, en su mundo memorioso. Algunos sólo guardaban silencio y otros recordaban a Victorino entre anécdotas que los hacían reír. Había quienes también dejaron salir lágrimas.

Yo, entonces, sentí que era parte de una enorme familia, la que Victorino supo construir, tras tantos años de entrega y de logros.

Por iniciativa popular, el Gobierno de Mendoza, la Cámara de Diputados y la Municipalidad de San Carlos, habían decidido que el hospital de Eugenio Bustos llevara, en adelante, el nombre: “Doctor Victorino Tagarelli”. Fue un acto de justicia, y no porque institucionalmente se procurara ejecutar lo decretado, sino porque era el propio pueblo allí presente el que lo legitimaba con el sostenimiento de su memoria.

Finalmente, descubrieron una placa con su nombre y la muchedumbre reunida homenajeó a su doctor, con un aplauso y exclamaciones ensordecedoras.

Para mí, para toda nuestra familia, fue conmovedor. Yo decidí que escribiría un libro.

El legado

¿Cómo poner en palabras lo que el doctor Victorino Tagarelli dejó a este valle? ¿Cuál de sus afanes de trabajo, cuáles de sus obras puede sintetizarlo? ¿Acaso fueron sus logros en materia sanitaria? ¿Su humanidad? ¿Su personalidad, imponente? ¿Tal vez su temperamento efusivo? ¿Tal vez el hospital que se empeñó en construir ladrillo sobre ladrillo?

Mi abuelo, hombre complejo –aunque desbordado de franqueza–, nunca se adaptó a los honores que le otorgó el propio pueblo de San Carlos, porque no se sentía cómodo con ellos. Prefería intuir esa honra y consideración en los ojos de sus pacientes, allí donde veía una luz que lo alimentaba para ofrecer una entrega cada vez mayor. Esa era su manera de corresponder aquellos honores: con el desvelo y persistencia en nunca estar conforme hasta que cada uno de los habitantes de San Carlos gozara de un sistema de salud público digno.

Hombre recto; no se le escapaba ningún detalle, en el hospital, en su casa, en la calle, en la vida. Rectitud que nunca fue acompañada con conductas hostiles, aunque con francos cruces de argumentos, cuando era necesario. No era su estilo aparentar, al contrario, era una persona decidida a batallar por todos los medios para que la *dignificación* de la salud fuera un hecho y

no simples actos de fanfarronería, buscando acuerdos necesarios para que así sucediera.

Siempre había algo por hacer y, a veces, su mirada pensativa, seria, denotaba las cosas pendientes que se podían hacer inmediatamente, sin retraso. Victorino siempre miraba hacia adelante, pensando en todo lo que quedaba por hacer.

El Viejo tenía esa personalidad italiana-argentina tan característica, fraguada en un estilo de hombre riguroso y vehemente, gesticulando con cada palabra o mascullando cuando alguien lo sacaba de sí. Y estaba en los detalles: hasta le indignaba que las viandas que se entregaban a los pacientes del hospital tuvieran sabor de comida de cárcel.

—*La comida para mis pacientes tiene que ser rica. ¡Se tienen que chupar los dedos de lo buena que está!*, decía.

Por eso siempre pasaba por la cocina del hospital, supervisando el “morfi” y muchas veces comía allí, con las cocineras y los cocineros.

Mi abuelo fue un hombre sincero, acostumbrado a incomodar a pedantes y vanidosos que suelen frecuentar cargos públicos. Y, para sus pacientes, era un hombre con una sensibilidad excepcional. Sabía dónde apretar y dónde conceder y proteger; era un hombre justo.

Nada de lo que construyó persiguió aspiraciones individuales, reconocimientos triviales y mucho menos recompensas monetarias. Por el contrario, persiguió mejorar la calidad de vida de su pueblo, sin necesidad de que se lo mencionara.

Sin embargo, yo he sentido la necesidad de nombrarlo, escribiendo un libro para que quienes no lo conocieron sepan de él, un médico de pueblo y, a la vez, un pionero con un concepto integral de salud que se anticipó internacionalmente y con hechos.

Esto bien lo sabemos los sancarlinos, porque, además de construir una red de salud, veló por el asfalto, la luz, el agua, la electricidad o las condiciones habitacionales esenciales para una vida decente.

Ahora, en el año 2021, han pasado ya 23 años de su partida y finalmente saldo la deuda con él.

El mundo transita una pandemia global que ha dejado millones de víctimas, entre muertos, enfermos crónicos, desempleados y desahuciados. En todos los países ha quedado desenmascarado un sistema sanitario que, en conformidad con los mandatos políticos y económicos más nefastos, no puede resolver plenamente esta nueva enfermedad del siglo XXI.

Es un virus que, indefectiblemente, se vincula a esos modelos. Una enfermedad originada y reproducida por el ser humano que extingue poco a poco sus formas de vida; o, tal vez, sea un artificio de la propia naturaleza para demostrar al ser humano que todas las decisiones suponen un costo y que uno de los costos posibles es la propia aniquilación.

¿Qué pensaría, Victorino? ¿Qué haría mi abuelo en esta trama tan compleja, allí, en su San Carlos natal?

Lo imagino al frente, en la primera línea de combate. Seguramente, no dudaría en recorrer todo el

departamento, casa por casa, como lo hacía antes. Posiblemente, con unas pocas horas de sueño le bastarían, como solía hacerlo. Tal vez, insultaría de lo lindo contra ciertas decisiones políticas que terminan impactando en el sistema sanitario.

Aquí, ahora, me detengo frente a su vieja casa y pienso en sus puteadas a troche y moche y también en sus risas y en sus anécdotas y me río. Y también recupero cierta dimensión mítica que el Sanador del Valle ha ido ganando con los años.

Algunos, me recuerdan cuando el doctor Tagarelli llegaba al club Eugenio Bustos para ver los partidos del “Funebrero”. Se lo distinguía a lo lejos y, entonces, la gente de la tribuna le buscaba el mejor lugar, por respeto y también porque sabían que sus gritos agitaban las fibras más ardientes de los jugadores y de la hinchada.

Unos puesteros de El Cepillo me contaron que al doctor Tagarelli se lo vio por allí, en las planicies previas a la cordillera de Los Andes, un septiembre del año 1998, ocho meses después su fallecimiento. Juran que asistió el parto de una mujer mestiza que dio a luz un niño al que sus padres llamaron Victorio, en homenaje a don Victorino. Dicen que ese niño se volvió un brioso joven que recorre los campos de la ruralía sancarlina ejerciendo la medicina. Un doctor que, según dicen, cruza la cordillera hasta las praderas chilenas para asistir a los pacientes. Quién sabe.

No faltan quien asegura que aquel niño nacido en El Cepillo es el mismísimo espíritu del doctor Victorino

Tagarelli. Y que sólo basta con avistar los matorrales amarillos que comienzan a florecen en la montaña para que su presencia sea advertida durante el amanecer, cuando el sol anuncia el principio de la primavera.

En todos los casos, la palabra sanación atraviesa esos mitos.

Yo tengo una versión más modesta: mi abuelo, entre mitos y realidades, existe en un viaje infinito que el pueblo del Valle de Uco ha reconstruido en el letargo del tiempo.

Y entonces, todo aquello que pareciera ser una medicina para el nostálgico recuerdo se transforma en una fértil brújula para las generaciones por venir. En esa brújula cabe el mundo. En ese viaje, un mundo mejor no es una simple quimera de poetas o soñadores, sino una obra auténtica de los pueblos, creadores de vida y de sus propios sanadores, por los siglos de los siglos.

Su legado, el legado de Victorino Tagarelli para su pueblo, ha sido enseñarnos a mirar.

Fuentes bibliográficas

Diario Los Andes, Mendoza. Artículos varios:
años 1950–1989.

Reseña histórica: Unión Vecinal Eugenio
Bustos.

Registros estadísticos del hospital Eugenio
Bustos: años 1950–1989.

Victorino Tagarelli: cartas dirigidas a las
autoridades provinciales. Mendoza.

Dionisio Chaca: *Síntesis histórica del
departamento mendocino de San Carlos*.
Editorial Progreso. Buenos Aires. 1964.

Este es un libro singular y plural

Tiene alguien que lo firma, pero es también una construcción literaria y memoriosa de la gente de San Carlos. Muchas personas contribuyeron con sus testimonios en esta obra. Las entrevistas, bajo el marco de una charla espontánea, comprendieron a alrededor de cien personas del todo el departamento, del Valle de Uco y de Mendoza. Incluso, hubo quienes enviaron cartas, papeles escritos llenos de amor e invitaciones a encantadoras conversaciones hogareñas. Gracias a todas y todos, de corazón.

Agradecimientos especiales

Familia Tagarelli: hijos, hermanos y parientes de Victorino; Flor García; Victorino Guisti; Mary Peña; Lita Firpo de Funes; Armando Castillo; Ángela Guajardo; Patricia Chalabe; Glari Albina Ramírez; Aída Cano; Mercedes Arroyo; Adrián Varela; Oscar Ortubia; Raúl Muñoz, Juan Carlos Daer, Enrique Werner Schlegel.

Índice

Prólogo: Los días del Sanador _____	9
Dedicatoria _____	15
Los caciques y el general _____	23
De Mola di Bari a La Consulta _____	29
La ruta de la medicina _____	37
Un contexto difícil _____	45
El valle tiene más que un médico _____	49
El sueño de un hospital _____	53
¡Pase doctor y elija! _____	61
Las creencias sanitarias _____	67
La medicina social _____	75
Un roble _____	87
Un cuarto de siglo _____	93
El estallido _____	101
El resurgimiento _____	107
La familia y la casa _____	117
Emilia, la mujer junto al hombre _____	123
Los años 90 _____	127
El día más triste _____	133
Amar la profesión _____	135
Hospital "Dr. Victorino Tagarelli" _____	139
El legado _____	143
Fuentes bibliográficas _____	146
Agradecimientos especiales _____	147



Se terminó de
componer e imprimir en
octubre de 2021 en
Editorial Qellqasqa.
San José de Guaymallén
Mendoza, República Argentina.

editorial@qellqasqa.com.ar
www.qellqasqa.com.ar

Victorino Tagarelli

EL SANADOR DEL VALLE

Victorino Tagarelli tuvo mucho de lo que tiene un hombre cualquiera y también mucho de lo que tienen los hombres extraordinarios. Posiblemente, lo que diferencia a unos de otros, sea la capacidad de llevar a obra aquello que se anhela, el instinto de convertir la necesidad en una actitud de labor sostenida, y he aquí lo que convierte a este médico de pueblo en un ser imprescindible en vida, e inolvidable habiendo partido.

Hombres como él dieron identidad y calidad de vida a los pueblos del interior. Fundador de actitudes ante la vida, porque profesionalmente fue más allá de la excelencia en la praxis médica, más allá de la eficacia como conductor de la institución médica señera del Valle de Uco: el hospital de Eugenio Bustos, en San Carlos, que ahora lleva su nombre.

Este libro ofrece aristas más que interesantes, brotadas del puño sociológico que lo parió. Victorino Tagarelli, el Sanador del Valle es también un análisis de las constituciones de poder en las zonas agrícolas de Mendoza.

Todos los interesados en la salud pública debieran leer este libro y todos debiéramos interesarnos por la salud pública: esto es lo que Victorino intentó enseñarnos. Si queremos saber cómo es que se forma y solidifica la cultura de los pueblos, deberemos bucear en historias de vida como estas.

SAN CARLOS
Cuarto de siglo al frente del
hospital de Eugenio Bustos

